

**Boletín Oficial  
de la  
Diócesis de Córdoba**

**VOL. CXLIII**

**Julio-Septiembre  
2001**

OBISPADO DE CÓRDOBA  
C/. Amador de los Ríos, 1- Teléfono 957.49.64.74  
Año CXLI - Depósito Legal: CO 17 - 1958  
Imprime: Impresiones Guadajoz s.l.l.

# ÍNDICE

## I SANTO PADRE

### 1. Cartas, discursos y homilias (selección):

- 1.1. Carta al Maestro General de los Dominicos con motivo del Capítulo general. 11-07-01. Pág. 7.
- 1.2. A las Adoratrices del Santísimo Sacramento. 06-07-01. Pág. 11.
- 1.3. Al Presidente de los Estados Unidos de América, George Walker Bush. 23-07-01. Pág. 15.
- 1.4. Mensaje a los participantes en un Encuentro internacional sobre el trabajo. 14-09-01. Pág. 19.
- 1.5. Mensaje a los participantes en la Asamblea plenaria de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica. 27-09-01. Pág. 23.
- 1.6. Santa Misa en la apertura de la X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos. 30-09-01. Pág. 27.

### 2. Mensajes

- 2.1. XVII Jornada Mundial de la Juventud, 2002. 25-07-01. Pág. 33.
- 2.2. Jornada Mundial del emigrante, 2002. 25-07-01. Pág. 39.
- 2.3. X Jornada Mundial del Enfermo, 2002. 06-08-01. Pág. 43.
- 2.4. XXXIX Jornada Mundial de oración por las Vocaciones, 2002. 08-09-01. Pág. 47.

## II SANTA SEDE

### Pontificio Consejo Justicia y Paz

Documento para la Conferencia mundial contra el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y otras formas de intolerancia. 29-08-01. Pág. 55.

## **III VIDA DE LA DIÓCESIS**

### **1. Obispo Diocesano**

- 1.1. XXV Aniversario del Hospital Reina Sofía. 09-07-01. Pág. 65.
- 1.2. Carta a los Sacerdotes. 10-07-01. Pág. 71.
- 1.3. Festividad de la Fuensanta. 08-09-01. Pág. 75.

### **2. Secretaría General**

- 2.1. Nombramientos. Pág. 85.
- 2.2. Decretos de Erección y Aprobación de Hermandades. Pág. 89.
- 2.3. Cambio de vicaría parroquiales de Alcolea. 15-08-01. Pág. 91.
- 2.4. Ordenaciones de Presbíteros Carmelitas. 09-09-02. Pág. 93.
- 2.5. Fundación Pía Autónoma Veracruz de Aguilar. Decreto de erección, fundación y aprobación de estatutos. 14-09-01. Pág. 95.
- 2.6. Decreto de Coronación Canónica. Hermandad del Socorro. 14-09-01. Pág. 97.

## **IV CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA**

### **Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis**

Distribución de los contenidos conceptuales del Currículo de Religión y Moral Católica. 16-09-01. Pág. 103.

# Santo Padre

- 1.1. Carta al Maestro General de los Dominicos con motivo del Capítulo general.
- 1.2. A las Adoratrices del Santísimo Sacramento.
- 1.3. Al Presidente de los Estados Unidos de América, George Walker Bush
- 1.4. Mensaje a los participantes en un Encuentro internacional sobre el trabajo.
- 1.5. Mensaje a los participantes en la Asamblea plenaria de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica.
- 1.6. Santa Misa en la apertura de la X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos.

*Cartas, discursos y homilias*  
(selección)



## **MENSAJE DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II CON MOTIVO DEL CAPÍTULO GENERAL DE LA ORDEN DE LOS FRAILES PREDICADORES**

*Al reverendísimo Timothy RADCLIFFE  
Maestro general de la Orden de Predicadores*

“Dando gracias al Padre que os ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz” (Col 1, 12), lo saludo a usted y a la Orden de Predicadores con ocasión del capítulo general electivo que comenzará en Rhode Island el 10 de julio. Mientras os reunís en el primer capítulo del nuevo milenio para elegir al 85° sucesor de vuestro bienaventurado fundador, santo Domingo, invoco sobre los miembros del capítulo la luz del Espíritu Santo, a fin de que todo lo que penséis, digáis y hagáis fortalezca a la Orden y dé paz a la Iglesia, para que glorifique a Dios.

Una de las primeras tareas asignadas a vuestra Orden, desde su fundación, fue la proclamación de la verdad de Cristo como respuesta a la herejía albigense, una nueva forma de la recurrente herejía maniquea contra la que el cristianismo ha combatido desde el principio. Su idea central es el rechazo de la Encarnación, al negarse a aceptar que “el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (...), lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 14). Para responder a esta nueva forma de la antigua herejía, el Espíritu Santo suscitó la Orden de Predicadores, hombres que deberían destacar por su pobreza y su movilidad al servicio del Evangelio, contemplando incesantemente la verdad del Verbo encarnado en la oración y en el estudio, y transmitiendo a los demás los frutos de esa contemplación a través de su predicación y de su enseñanza. *Contemplata aliis tradere*: el lema de la orden se convirtió en su gran estímulo a la acción, y así sigue siendo todavía hoy.

En vuestro capítulo reflexionaréis sobre estos temas, íntimamente relacionados entre sí: “Predicar el Evangelio en un mundo globalizado” y “La renovación de la vida contemplativa”. La historia de vuestra Orden demuestra que el Evangelio sólo se predicará de modo auténtico y eficaz en un mundo en rápida transformación si los cristianos siguen el camino de la contemplación que lleva a una relación más profunda con Cristo, “acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, y confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino” (*Novo millennio ineunte*, 15).

No cabe duda de que las antiguas aflicciones del corazón humano y los grandes errores no mueren jamás, sino que se mantienen en letargo por un tiempo y luego vuelven a aparecer bajo otras formas. Por eso hace falta siempre una nueva evangelización, como la que el Espíritu Santo pide realizar a la Iglesia actualmente. Vivimos en un tiempo caracterizado, a su manera, por el rechazo de la Encarnación. Por primera vez desde el nacimiento de Cristo, acontecido hace dos mil años, es como si él ya no encontrara lugar en un mundo cada vez más secularizado. No siempre se niega a Cristo de manera explícita; muchos incluso dicen que admiran a Jesús y valoran algunos elementos de su enseñanza. Pero él sigue lejos: en realidad no es conocido, amado y obedecido; sino relegado a un pasado remoto o a un cielo lejano.

Nuestra época niega la Encarnación de muchos modos prácticos, y las consecuencias de esta negación son claras e inquietantes. En primer lugar, la relación individual con Dios se considera como exclusivamente personal y privada, de manera que se aparta a Dios de los procesos por los que se rige la actividad social, política y económica. A su vez, esto lleva a una notable disminución del sentido de las posibilidades humanas, dado que Cristo es el único que revela plenamente las magníficas posibilidades de la vida humana, el único que “manifiesta plenamente el hombre al propio hombre” (*Gaudium et spes*, 22).

Cuando se excluye o niega a Cristo, se reduce nuestra visión del sentido de la existencia humana; y cuando esperamos y aspiramos a algo inferior, la esperanza da paso a la desesperación, y la alegría a la depresión. Se produce también una profunda desconfianza en la razón y en la capacidad humana de captar la verdad; incluso se pone en tela de juicio el mismo concepto de verdad. La fe y la razón, al empobrecerse recíprocamente, se separan, degenerando respectivamente en el fideísmo y en el racionalismo (cf. *Fides et ratio*, 48).

Ya no se aprecia ni se ama la vida; por eso avanza una cierta cultura de la muerte, con sus amargos frutos: el aborto y la eutanasia. No se valora ni se ama correctamente el cuerpo y la sexualidad humana; de ahí deriva la degradación del sexo, que se manifiesta en una ola de confusión moral, infidelidad y violencia pornográfica. Ni siquiera se ama y valora la creación misma; por eso el fantasma del egoísmo destructor se percibe en el abuso y en la explotación del medio ambiente.



En esta situación, la Iglesia y el Sucesor del apóstol Pedro miran a la Orden de Predicadores con la misma esperanza y confianza que en los tiempos de su fundación. Las necesidades de la nueva evangelización son enormes. Ciertamente, vuestra Orden, con sus numerosas vocaciones y su extraordinaria herencia, puede desempeñar un papel fundamental en la misión de la Iglesia para acabar con los antiguos errores y proclamar con eficacia el mensaje de Cristo en el alba del nuevo milenio.

Cuando santo Domingo estaba agonizando, dijo a sus hermanos consternados: “No lloréis, porque seré más útil para vosotros después de mi muerte, y os ayudaré de forma más eficaz que durante mi vida”. Oro fervientemente para que la intercesión de vuestro fundador os fortalezca en el cumplimiento de vuestras actuales tareas, y para que la gran multitud de santos dominicos que han enriquecido la Orden en el pasado ilumine su camino en el futuro. Encomendando la Orden de Predicadores a la protección materna de Nuestra Señora del Rosario, le imparto de buen grado mi bendición apostólica a usted, a los miembros del capítulo y a todos los frailes como prenda de gracia y paz imperecederas en Jesucristo, “imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación” (Col 1, 15).

*Vaticano, 28 de junio de 2001*



**DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II  
A LAS ADORATRICES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO  
Viernes 6 de julio de 2001**

*Amadísimas hermanas:*

1. La feliz circunstancia del XIV capítulo general de vuestro instituto me brinda la grata oportunidad de saludaros cordialmente y expresar a todas vuestras hermanas mi agradecimiento y aprecio por el testimonio evangélico que dais con vuestra actividad.

Saludo, ante todo, a la reverenda madre Camilla Zani, superiora general, y al consejo general, que ha colaborado con ella en el gobierno de la familia religiosa durante el período pasado. Deseo, además, enviar un afectuoso saludo también a cuantos, en los diversos campos de apostolado a los que se dedica la congregación, se benefician del generoso testimonio de las Adoratrices del Santísimo Sacramento. En efecto, estáis presentes en diferentes partes del mundo, donde, animadas por el fuego de la caridad, os ponéis al servicio del Cuerpo de Cristo, especialmente de sus miembros más probados y necesitados.

El ministerio de la misericordia con los hijos de Dios afectados por las “antiguas” y “nuevas” formas de pobreza es uno de los elementos característicos de la presencia de la Iglesia en el tercer milenio. En efecto, “atendiendo a las indiscutibles palabras del Evangelio, en la persona de los pobres hay una presencia especial [de Cristo], que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos” (*Novo millennio ineunte*, 49). Con este espíritu, cobra gran importancia vuestra decisión de centrar las reflexiones de la asamblea capitular en la necesidad de compartir el pan, la Palabra y la misión, de acuerdo con el ejemplo de Cristo que, al ver la multitud hambrienta que lo seguía, tuvo compasión de ella (cf. *Mc* 8, 1-9).

2. Sin embargo, ¿cómo puede el discípulo del Señor permanecer fiel a esta vocación si no mantiene un diálogo permanente y diario de amor con él, en la escucha de la palabra de Dios, en la oración y en la contemplación?

El carisma específico que distingue vuestra presencia en la Iglesia, según la consigna que os dejó vuestro fundador, consiste en adorar “con el amor más ardiente el Santísimo Sacramento” y alimentar “en él la llama de la caridad para con el prójimo”. No se trata sólo de una orientación espiritual, sino también de un programa preciso de vida. En la Eucaristía el cristiano alcanza la intimidad más completa con el Señor de la vida y, sostenido por él, se eleva a la contemplación del amor en el misterio mismo de la santísima Trinidad.

¡Cómo se sacia el alma (cf. *Lc 9, 17*) en las intensas horas pasadas en adoración ante el Señor de la historia! Con esta conciencia eucarística, el beato Spinelli os recomendaba: “Caminad en la caridad; que se encienda por fin el fuego de la caridad en vuestras almas; amad a vuestro Dios, y no pongáis nada a su nivel o por encima de él” (*Circ. 32*).

3. Espero de corazón que vuestras comunidades tengan presente diariamente, ante la Eucaristía, esta herencia que os legó vuestro fundador. Así, con la fuerza del Pan de la vida, podréis mantener encendida la llama de la caridad en todas vuestras casas.

Que vuestra vida esté marcada constantemente, como la de vuestro padre, por el amor a Cristo eucarístico, por el servicio al pobre, icono de Cristo, y por la práctica de un perdón siempre generoso, instrumento de una unión comunitaria más intensa. Que la Eucaristía, memorial perfecto del sacrificio de Cristo, sea el paradigma de vuestra existencia personal.

4. Como sabéis muy bien, vuestro fundador también tuvo como punto de referencia espiritual el binomio “cuna” y “cruz”. Siempre, y sobre todo en los momentos tempestuosos de su existencia, se inspiró en el misterio de Belén y del Gólgota; por eso os enseñó que “Belén y el Calvario son la primera y la última nota, la primera y la última página de ese poema inmenso, divino e inefable de amor y sacrificio, que es toda la vida de Jesucristo” (*Circ., 29*).

Haced lo mismo también vosotras, y comunicad a cuantos encontréis este mismo ideal de santidad. A este propósito, ¡cómo no apreciar las oportunidades de encuentro y de diálogo que os ofrece la cooperación con los fieles laicos! En la exhortación apostólica *Vita consecrata* afirmé que, “debido a las nuevas situaciones, no pocos institutos han llegado a la convicción de que su carisma puede ser compartido con los laicos” (n. 54), espe-

cialmente ante los desafíos de la modernidad. Y concluía diciendo que “estos nuevos caminos de comunión y de colaboración merecen ser alentados” (n. 55), actuando siempre con prudencia y conscientes de la distinción de las vocaciones y de las funciones en la Iglesia.

5. Amadísimas hermanas, sed felices por haber elegido, como objetivo de vuestra vida, permanecer en íntima unión con el Redentor. Ojalá que la energía que os infunde la contemplación prolongada ante la Eucaristía transforme vuestra existencia en oblación diaria a Cristo.

A imagen de María, meditad en vuestro corazón el misterio del Hijo (cf. *Lc 2, 51*) y dad testimonio de él a cuantos la Providencia ponga en vuestro camino. Que el ejemplo y la intercesión del beato Francisco Spinelli os estimulen a unir vuestro sacrificio al de Jesús, para que “el mundo tenga vida y la tenga en abundancia” (*Jn 10, 10*).

Os acompaña en vuestro esfuerzo constante mi bendición, que de todo corazón os imparto a vosotras aquí presentes, a vuestras hermanas y a todos los destinatarios de vuestra solicitud apostólica.



**AUDIENCIA DEL PAPA JUAN PABLO II  
AL PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS,  
GEORGE W. BUSH**

**Castelgandolfo, lunes 23 de julio de 2001**

*Señor presidente:*

1. Me alegra darle la bienvenida durante su primera visita desde que asumió el cargo de presidente de Estados Unidos. Saludo afectuosamente a su distinguida esposa y a los miembros de su séquito. Expreso de corazón mis mejores deseos de que su presidencia fortalezca a su país en su compromiso en favor de los principios que desde el inicio han inspirado la democracia americana y han sostenido a la nación en su notable crecimiento. Esos principios son más válidos que nunca al afrontar los desafíos del nuevo siglo que se abre ante nosotros.

A los fundadores de su nación, conscientes de los inmensos recursos naturales y humanos con que el Creador ha bendecido su tierra, los guió un profundo sentido de responsabilidad por el bien común, que debe buscarse respetando la dignidad dada por Dios y los derechos inalienables de todos. Estados Unidos, al construir una sociedad libre, equitativa y justa de acuerdo con la ley, sigue midiéndose según la nobleza de los ideales de su fundación. En el siglo que acaba de terminar, esos mismos ideales impulsaron al pueblo americano a resistir a dos sistemas totalitarios basados en una visión atea del hombre y de la sociedad.

2. Al inicio de este nuevo siglo, que también marca el comienzo del tercer milenio cristiano, el mundo sigue mirando a Estados Unidos con esperanza. Sin embargo, lo hace con una profunda conciencia de la crisis de valores que se vive en la sociedad occidental, cada vez más insegura ante las decisiones éticas indispensables para el camino futuro de la humanidad.

En los últimos días la atención del mundo se ha centrado en el proceso de globalización, que se aceleró notablemente durante el decenio pasado, y sobre el que usted y los demás jefes de los países industrializados han discutido en Génova. Aun apreciando las oportunidades que ese proceso

ofrece para el crecimiento económico y la prosperidad material, la Iglesia no puede menos de expresar su profunda preocupación por el hecho de que nuestro mundo sigue dividido, ya no por los bloques políticos y militares del pasado, sino por una dramática brecha entre los que pueden beneficiarse de esas oportunidades y los que al parecer están excluidos de ellas. La revolución de libertad de la que hablé en las Naciones Unidas en 1995 se ha de completar ahora con una revolución de oportunidades, en la que todos los pueblos del mundo contribuyan activamente a la prosperidad económica y compartan sus frutos. Esto requiere un liderazgo por parte de aquellas naciones cuyas tradiciones religiosas y culturales deberían hacer que estén más atentas a la dimensión moral de las cuestiones implicadas.

3. El respeto a la dignidad humana y la convicción de que todos los miembros de la familia humana poseen igual dignidad exigen políticas encaminadas a permitir que todos los pueblos tengan acceso a los medios indispensables para mejorar su vida, incluidos los medios tecnológicos y la capacitación necesarios para su desarrollo. Los jefes de las naciones desarrolladas no pueden descuidar estas prioridades: el respeto de la naturaleza por parte de todos, una política de apertura a los inmigrantes, la cancelación o una reducción significativa de la deuda de los países más pobres, la promoción de la paz mediante el diálogo y la negociación, y el primado del derecho. Un mundo global es esencialmente un mundo de solidaridad. Desde este punto de vista, Estados Unidos, teniendo en cuenta sus numerosos recursos, sus tradiciones culturales y sus valores religiosos, tiene una responsabilidad especial.

Una de las expresiones más elevadas del respeto a la dignidad humana es la libertad religiosa. Este es el primer derecho que enuncia la Declaración de derechos de vuestra nación, y es significativo que la promoción de la libertad religiosa siga siendo un objetivo importante de la política norteamericana en la comunidad internacional. Me complace expresar el aprecio de toda la Iglesia católica por el compromiso de Estados Unidos a este respecto.

4. Otra área en donde las opciones políticas y morales tienen consecuencias muy graves para el futuro de la civilización concierne al más fundamental de los derechos humanos: el derecho a la vida. La experiencia ya está mostrando que un trágico embotamiento de las conciencias acompaña el ataque a la vida humana inocente en el seno materno, llevando a la acomodación y a la aquiescencia frente a otros males relacionados con ella



como la eutanasia, el infanticidio y, más recientemente, las propuestas de crear, con vistas a la investigación, embriones humanos destinados a la destrucción durante ese proceso. Una sociedad libre y virtuosa, como aspira a ser Estados Unidos, debe rechazar las prácticas que desvalorizan y violan la vida humana en cada una de sus etapas, desde la concepción hasta la muerte natural. Al defender el derecho a la vida, con la ley y con una vibrante cultura de la vida, Estados Unidos puede mostrar al mundo el camino hacia un futuro verdaderamente humano, en el que el hombre sea el dueño, y no el producto, de su tecnología.

Señor presidente, le aseguro un recuerdo en mis oraciones al desempeñar las tareas del alto cargo que le ha confiado el pueblo norteamericano. Confío en que, bajo su guía, su nación siga utilizando su herencia y sus recursos para ayudar a construir un mundo en el que cada miembro de la familia humana pueda prosperar y vivir de un modo acorde a su dignidad innata. Con estos sentimientos, invoco cordialmente sobre usted y sobre el amado pueblo norteamericano las bendiciones de Dios de sabiduría, fortaleza y paz.



**MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II  
A UNA CONFERENCIA INTERNACIONAL  
EN EL XX ANIVERSARIO DE LA “LABOREM EXERCENS”**

*Señor cardenal,  
Venerados hermanos en el episcopado y el sacerdocio,  
Ilustres señores y señoras:*

1. Me alegra enviaros mi saludo con ocasión de la Conferencia internacional sobre “El trabajo, clave de la cuestión social”, que ha organizado el Consejo pontificio Justicia y paz en colaboración con algunas prestigiosas instituciones científicas y culturales. Es un encuentro abierto a los estudiosos de ciencias sociales de las universidades y centros de investigación, con ocasión del XX aniversario de la encíclica *Laborem exercens*, de la que quiere ser una significativa conmemoración.

Dirijo mi saludo cordial a todos los participantes y, de modo particular, al señor cardenal François Xavier Nguyễn Văn Thuận, presidente del Consejo pontificio Justicia y paz. Deseo a cada uno que estos días de reflexión y útiles intercambios de experiencias sean ocasión propicia para poner de relieve la *dimensión subjetiva del trabajo*, frente a las profundas transformaciones económicas y sociales que la época actual está viviendo.

2. En efecto, en este importante ámbito de la vida social, estamos atravesando una *profunda evolución*, que a veces tiene las características de un cambio radical. Ha cambiado la forma del trabajo, así como sus horarios y lugares. En los países más industrializados el fenómeno ha cobrado tales dimensiones, que el modelo del trabajo dependiente, realizado en grandes fábricas con horarios rígidos, pertenece ya al pasado.

Como toda gran transformación, también esta presenta elementos de tensión y, al mismo tiempo, de complementariedad entre la dimensión local de la economía y la dimensión global; entre la que se define “antigua” economía y la “nueva”; entre la innovación tecnológica y la exigencia de salvaguardar los puestos de trabajo; entre el crecimiento económico y la compatibilidad ambiental.

Sin embargo, sería un grave error creer que las transformaciones actuales acaecen de modo determinista. *El factor decisivo*, dicho de otro modo, “el árbitro” de esta compleja fase de cambio, *es una vez más el hombre*, que debe seguir siendo el verdadero protagonista de su trabajo. Puede y debe hacerse cargo de modo creativo y responsable de las actuales transformaciones, para que contribuyan al crecimiento de la persona, de la familia, de la sociedad en la que vive y de la entera familia humana (cf. *Laborem exercens*, 10).

A este propósito, resulta esclarecedora la referencia a la *dimensión subjetiva del trabajo*, a la que remite constantemente la doctrina social de la Iglesia: “El trabajo humano procede directamente de personas creadas a imagen de Dios y llamadas a prolongar, *unidas* y para *mutuo beneficio*, la obra de la creación dominando la tierra” (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 2427).

3. Mientras exista el hombre, existirá el gesto libre de auténtica participación en la creación que es el trabajo. Es uno de los componentes esenciales para la realización de la vocación del hombre, que se manifiesta y se descubre siempre como el que está llamado por Dios a “dominar la tierra”. Ni aunque lo quiera, puede dejar de ser “un sujeto que decide de sí mismo” (*Laborem exercens*, 6). A él Dios le ha confiado esta suprema y comprometedor libertad. Desde esta perspectiva, hoy más que ayer, podemos repetir que “el trabajo es una clave, quizá la clave esencial, de toda la cuestión social” (*ib.*, 3).

Durante estas jornadas de estudio tenéis la posibilidad de comprobar que ciertas interpretaciones de tipo mecanicista y economicista de la actividad productiva resultan superadas por el mismo análisis científico de los problemas vinculados al trabajo. Con respecto a los años pasados, estas concepciones resultan hoy aún más inadecuadas para interpretar los hechos, porque no son capaces de reconocer la naturaleza absolutamente original del trabajo como actividad libre y creativa del hombre.

La rápida y acelerada fase de cambio que el mundo está viviendo exige la superación de la actual visión del sistema económico y social, en el que sobre todo las necesidades humanas reciben una consideración restringida e inadecuada. A diferencia de todos los demás seres vivos, *el hombre tiene necesidades infinitas*, porque la referencia a la trascendencia determina su ser y su vocación. A partir de estas necesidades, afronta la aventura de la transformación de la realidad con sus ocupaciones laborales, según un

ímpetu ideal que lo impulsa cada vez más allá de los resultados conseguidos en ellas.

4. Aunque varían las formas históricas con las que se expresa el trabajo humano, ciertamente no cambian sus exigencias permanentes, es decir, *el respeto a los derechos inalienables*. Por desgracia, existe el riesgo de que se nieguen estos derechos. Es el caso, en particular, del desempleo, que en los países de industrialización más antigua afecta de forma inédita a grupos significativos de hombres y mujeres: pienso en los que estaban empleados en procesos productivos ahora obsoletos; pienso en los jóvenes y en cuantos viven en áreas menos favorecidas, donde todavía persisten elevados índices de desempleo.

Existe, además, cierta precariedad laboral que, si bien por un lado puede ofrecer mayores oportunidades de empleo, por otro presenta riesgos y cargas que hay que afrontar, como son los costes de la movilidad, de la formación profesional y de la misma seguridad social.

En los países menos industrializados existen, además, problemas más dramáticos aún: la persistencia de la explotación del trabajo infantil; la falta de reconocimiento del valor del trabajo, especialmente del femenino, en el seno de la familia y fuera; la carencia de trabajo debida a la inestabilidad en el ámbito de las relaciones entre los hombres, especialmente en las situaciones de conflicto, y a la fragilidad del sistema de las relaciones económicas locales frente a los cambios producidos por la globalización productiva.

Ante estos problemas, hay que imaginar y construir *nuevas formas de solidaridad*, teniendo en cuenta la interdependencia que une entre sí a los hombres del trabajo. Aunque el cambio actual es profundo, deberá ser más intenso aún el esfuerzo de la inteligencia y de la voluntad para tutelar la dignidad del trabajo, reforzando, en los diversos niveles, las instituciones afectadas.

Es grande la responsabilidad de los Gobiernos, pero no menos importante es la de las organizaciones encargadas de tutelar los intereses colectivos de los trabajadores y de los empresarios. Todos están llamados no sólo a promover estos intereses de forma honrada y por el camino del diálogo, sino también a renovar sus mismas funciones, su estructura, su naturaleza y sus modalidades de acción. Como escribí en la encíclica *Centesimus*

*annus*, estas organizaciones pueden y deben convertirse en “lugares donde se expresa la personalidad de los trabajadores” (n. 15).

5. También vosotros, *científicos y hombres de cultura*, estáis llamados a dar una contribución específica y decisiva a la solución de problemas tan vastos y complejos, que en algunas áreas alcanzan dimensiones dramáticas. Ocupándoos de los diversos aspectos del trabajo en el ámbito de las diferentes disciplinas, compartís la responsabilidad de comprender el cambio que está produciéndose en él. Esto significa poner de relieve las ocasiones y los riesgos que conlleva; significa, en particular, sugerir líneas de acción para guiar el cambio en el sentido más favorable al desarrollo de la entera familia humana.

Por último, a vosotros corresponde la tarea de leer e interpretar los fenómenos sociales con inteligencia y amor a la verdad, sin preocupaciones dictadas por intereses de grupo o personales. Más aún, se puede decir que vuestra contribución, precisamente por ser “abstracta”, es esencial para la actuación concreta de las políticas económicas. Por tanto, no os canséis de aplicaros con paciencia y rigor científico a esas investigaciones. Dios os ayude y os ilumine con la sabiduría, que es don de su Espíritu.

En la doctrina social de la Iglesia podréis encontrar una guía y una referencia constante. Espero, además, que la misma doctrina social siga valiéndose de vuestra contribución, de las categorías y de las reflexiones de las ciencias sociales, con el *diálogo fecundo* que siempre produce beneficios recíprocos.

Con estos sentimientos, a la vez que de corazón imploro sobre todos la protección de María santísima y de su esposo san José, humilde y generoso trabajador, os envío a cada uno mi bendición.

*Castelgandolfo, 14 de septiembre de 2001*

## **MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II CON OCASIÓN DE LA PLENARIA DEL DICASTERIO PARA LA VIDA CONSAGRADA**

*Señores cardenales;  
venerados hermanos en el episcopado y el sacerdocio:*

1. *“A los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, con cuantos en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo, Señor nuestro, gracia a vosotros y paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo” (1 Co 1, 2-3).*

Con el saludo del apóstol san Pablo a los cristianos de Corinto me dirijo ante todo a usted, señor cardenal Eduardo Martínez Somalo, que con tanto acierto y prudencia guía la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica. Extiendo mi saludo a los demás señores cardenales, a los venerados prelados y a los oficiales de la Congregación que participan en la plenaria, en la que se reflexiona sobre el profundo y sugestivo tema: “Recomenzar desde Cristo. Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio”.

Os agradezco la colaboración que prestáis a la Santa Sede en el estudio y el discernimiento de las orientaciones que conviene proponer a las personas consagradas. La Iglesia cuenta con la entrega constante de este selecto grupo de hijos e hijas suyos, con su deseo de santidad y con el entusiasmo de su servicio para “favorecer y sostener el esfuerzo de todo cristiano por la perfección” y fortalecer la “solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado” (*Vita consecrata*, 39). De este modo, se testimonia la presencia vivificante de la caridad de Cristo en medio de los hombres.

2. Sigue vivo el recuerdo del gran jubileo, al término del cual invité a toda la Iglesia a proseguir el itinerario espiritual emprendido, recomendando con renovado vigor de la “contemplación del rostro de Cristo: considerado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, y confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino” (*Novo millennio ineunte*, 15).

En este camino, que concierne a toda la comunidad eclesial, las personas consagradas, llamadas a “poner la propia existencia al servicio de la causa del reino de Dios, dejando todo e imitando de cerca la forma de vida de Jesucristo” (*Vita consecrata*, 14), desempeñan un papel eminentemente pedagógico para todo el pueblo de Dios. La escucha asidua de la Palabra, la alabanza frecuente al Padre, dador de todo bien, y el testimonio de una caridad operante con los hermanos más necesitados muestra a todos “el abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios” (*Rm* 11, 33).

Para desempeñar este ministerio pedagógico en la Iglesia, la vida consagrada debe desarrollar relaciones espirituales y apostólicas cada vez más auténticas dentro del entramado ordinario de las comunidades cristianas, compartiendo los bienes espirituales: el camino de fe y la experiencia de Dios, el carisma y los dones del Espíritu que la distinguen. Gracias a esta participación, madurará en cada comunidad eclesial un apoyo recíproco y más intenso. Cada uno se hará responsable del otro y, al mismo tiempo, necesitará de él, avanzando en la vida de fe según su carisma y su ministerio propio.

3. Es un compromiso importante, que requiere un renovado impulso de santidad. “La vida espiritual, por tanto, debe ocupar el primer lugar en el programa de las familias de vida consagrada, de tal modo que cada instituto y cada comunidad aparezcan como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica” (*Vita consecrata*, 93). La vida diaria de los consagrados y las consagradas, iluminada por el contacto asiduo con el Señor en el silencio y la oración, por la gratuidad del amor y del servicio, especialmente en favor de los más pobres, testimonia que la libertad es fruto de haber encontrado la perla preciosa (cf. *Mt* 13, 45-46), Cristo, por quien se está dispuesto a abandonarlo todo, afectos y seguridades terrenas, diciendo con alegría: Maestro, “te seguiré adondequiera que vayas” (*Lc* 9, 57). Este es el itinerario de tantos consagrados y consagradas en muchas partes de la tierra, que llegan incluso hasta el don supremo de su vida con el martirio.

En esta profunda relación de amor a Cristo y de camino espiritual tras sus huellas se halla encerrada toda esperanza de futuro para la vida consagrada, que requiere un compromiso personal, consciente, voluntario, libre y amoroso con vistas a la santidad. Los consagrados y las consagradas están llamados a mostrar en este camino una auténtica “profesionalidad” espiritual, afrontando con gozosa esperanza los sacrificios y las renunciaciones, las dificultades y las expectativas que conlleva y exige. Es el camino del



regreso a la casa del Padre, que Cristo nos abrió y en el que nos precedió. Es renuncia y, al mismo tiempo, búsqueda; une los aspectos duros de la renuncia a los aspectos gozosos del amor (cf. *Lc 9, 23 ss*). Los consagrados y las consagradas, fieles a su vocación, podrán un día cantar jubilosos con el salmista: “Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre. Dichosos los que encuentran en ti su fuerza al preparar su peregrinación: cuando atraviesan áridos valles los convierten en oasis, como si la lluvia temprana los cubriera de bendiciones; caminan de baluarte en baluarte hasta ver a Dios en Sión” (*Sal 84, 5-8*).

4. La pedagogía de la santidad se expresa de modo singular dando prioridad a la comunión que debe resplandecer en la vida consagrada de todos los tiempos. Cada comunidad religiosa está llamada a ser lugar donde se aprende naturalmente a orar, donde se educa a reconocer y a contemplar el rostro de Cristo, y donde se crece día a día en el seguimiento radical del Señor, buscando con sinceridad la verdad sobre uno mismo y orientándose decididamente al servicio del reino de Dios y de su justicia.

Compartir la fe, con humildad y empeño, lleva a la comunión auténtica. En efecto, no sólo impulsa a poner en común los dones de bondad y gracia, sino también los límites y la pobreza de cada persona. Los bienes de gracia y bondad se comparten para que alimenten la santidad de todos; se participa de la pobreza humana y espiritual de cada uno, para asumirla y celebrar juntos la misericordia del Padre.

Así, la auténtica comunión en Cristo promueve un nuevo estilo de apostolado. El anuncio del evangelio de la vida consagrada, cuando parte de una fraternidad intensa y generosa, llega a ser cada vez más vivo y eficaz. Es lo que nos enseña el apóstol san Juan en su primera carta: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida (...) os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros” (*1 Jn 1, 1. 3*).

De este modo, también lo más típico de la vida consagrada, como por ejemplo los votos o su espiritualidad peculiar, se convierte en un don recibido que no se ha de guardar celosamente para sí, sino que hay que comunicar humilde y generosamente al pueblo de Dios con la palabra y el testimonio, para que todos, incluidos los que se hallan alejados o parecen hostiles, conozcan y comprendan la profunda novedad del cristianismo.

5. En la historia de la Iglesia la vida consagrada ha estado siempre en primera línea en la obra de evangelización. También hoy se hace peregrina, camina junto a toda persona, comparte sus vicisitudes, inflama su corazón con el amor recibido en la contemplación del rostro de Cristo, y la conduce a las fuentes de agua viva de la gracia divina, compartiendo con ella el pan de la Eucaristía y de la caridad. En este itinerario misterioso, hecho de entrega y acogida, de renunciaciones y conquistas, los consagrados aprenden a reconocer las provocaciones y los desafíos de la sociedad actual.

Al seguir a Cristo pobre, casto y obediente, con todo su corazón y con todas sus fuerzas, brindan el testimonio de una existencia capaz de dar sentido y esperanza a todo compromiso personal y, por tanto, de una existencia alternativa al modo de vivir del mundo.

Este testimonio es el camino más eficaz para fomentar las vocaciones a la vida consagrada. Sí, es preciso presentar a los jóvenes el rostro de Cristo contemplado en la oración y servido tiernamente en los hermanos con amor gratuito. Debemos convencernos de que “no será una fórmula lo que nos salve, sino una Persona” (*Novo millennio ineunte*, 29). Jesús nos asegura: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt 28, 20*). No sólo debemos “hablar” de él; debemos también “mostrarlo” con el testimonio audaz de la fe y de la caridad. Cristo debe convertirse en el punto de referencia seguro; su rostro, en la fuente de luz, fuerte y misericordiosa, que ilumina el mundo. Solamente en él se encuentra la energía sobrenatural que puede transformar el mundo según el designio divino.

Deseando a todos un sereno y fecundo trabajo bajo la guía luminosa del Espíritu Santo, os imparto con afecto a cada uno de vosotros y a todos los miembros de los institutos de vida consagrada y de las sociedades de vida apostólica, mi paterna bendición apostólica.

*Vaticano, 21 de septiembre de 2001*

**HOMILÍA DEL SANTO PADRE  
MISA DE APERTURA  
DE LA X ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA  
DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS  
Domingo 30 de septiembre de 2001**

1. “*El obispo, servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo*”.

Sobre este tema se desarrollarán los trabajos de la X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos, que estamos iniciando ahora en el nombre del Señor. Sigue a la serie de Asambleas *especiales* de carácter continental que tuvieron lugar como preparación del gran jubileo del año 2000. Todas esas asambleas se celebraron con la perspectiva de la *evangelización*, como lo testimonian las exhortaciones apostólicas postsinodales publicadas hasta ahora. En esa misma perspectiva se sitúa la actual Asamblea, que es continuación de las precedentes Asambleas ordinarias, dedicadas a las diversas vocaciones en el pueblo de Dios: los *laicos* en 1987, los *sacerdotes* en 1990 y la *vida consagrada* en 1994. Al tratar sobre los *obispos* se completa el cuadro de una eclesiología de comunión y de misión, que debemos tener siempre ante los ojos.

Con gran alegría os acojo, amadísimos y venerados hermanos en el episcopado, llegados de todas las partes del mundo. El hecho de encontraros y trabajar juntos, bajo la guía del Sucesor de Pedro, manifiesta “que todos los obispos en comunión jerárquica participan en la solicitud por la Iglesia universal” (*Christus Dominus*, 5). Extiendo mi cordial saludo a los demás miembros de la Asamblea y a cuantos en los próximos días cooperarán para su eficaz desarrollo. De modo particular expreso mi agradecimiento al secretario general del Sínodo, el cardenal Jan Pieter Schotte, así como a sus colaboradores, que han preparado activamente esta reunión sinodal.

2. En la noche de Navidad de 1999, al inaugurar el gran jubileo, después de abrir la Puerta santa, *la crucé teniendo entre las manos el libro de los Evangelios*. Fue un gesto muy simbólico. En él podemos ver incluido, de algún modo, *todo el contenido del Sínodo* que hoy iniciamos y que tendrá como tema: “*El obispo, servidor del Evangelio de Jesucristo para la esperanza del mundo*”.

El obispo es “*minister, servidor*”. La Iglesia está al servicio del Evangelio. “*Ancilla Evangelii*”: así podría definirse evocando las palabras que pronunció la Virgen ante el anuncio del ángel. “*Ecce ancilla Domini*”, dijo María; “*Ecce ancilla Evangelii*”, sigue diciendo hoy la Iglesia.

“*Propter spem mundi*”. La esperanza del mundo está en Cristo. En él las expectativas de la humanidad hallan un fundamento real y sólido. La esperanza de todo ser humano brota de la cruz, signo de la victoria del amor sobre el odio, del perdón sobre la venganza, de la verdad sobre la mentira, de la solidaridad sobre el egoísmo. Nosotros tenemos el deber de comunicar este anuncio salvífico a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

### 3. “*Bienaventurados los pobres de espíritu*”.

La bienaventuranza evangélica de la *pobreza*, constituye un mensaje valioso para la Asamblea sinodal que estamos iniciando. En efecto, la pobreza es un rasgo esencial de la persona de Jesús y de su ministerio de salvación, y representa uno de los requisitos indispensables para que el anuncio evangélico sea escuchado y acogido por la humanidad de hoy.

La primera lectura, tomada del profeta Amós, y más aún la célebre parábola del “rico epulón” y del pobre Lázaro, narrada por el evangelista san Lucas, nos estimula, venerados hermanos, a examinarnos sobre *nuestra actitud hacia los bienes terrenos* y sobre el uso que se hace de ellos.

Se nos pide verificar hasta qué punto se está realizando en la Iglesia *la conversión personal y comunitaria a una efectiva pobreza evangélica*. Vuelven a la memoria las palabras del concilio Vaticano II: “Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación” (*Lumen gentium*, 8).

4. El *camino de la pobreza* es el que nos permitirá transmitir a nuestros contemporáneos “los frutos de la salvación”. Por tanto, como obispos estamos llamados a ser pobres al servicio del Evangelio. Ser servidores de la Palabra revelada, que, cuando es preciso, *elevan la voz en defensa de los últimos*, denunciando los abusos de aquellos que Amós llama “descuidados” y “disolutos”. Ser profetas que ponen en evidencia con valentía los pecados sociales vinculados al consumismo, al hedonismo, a una economía que produce una inaceptable brecha entre lujo y miseria, entre unos pocos “epulones” e innu-

merables “lázaros” condenados a la miseria. En toda época, la Iglesia ha sido solidaria con estos últimos, y ha tenido pastores santos que, como intrépidos apóstoles de la caridad, se han puesto de parte de los pobres.

Pero para que la voz de los pastores sea creíble, es necesario que ellos mismos den prueba de una conducta alejada de intereses privados y solícita hacia los más débiles. Es necesario que sean *ejemplo* para la comunidad que se les ha confiado, enseñando y sosteniendo ese conjunto de principios de solidaridad y de justicia social que forman la *doctrina social de la Iglesia*.

5. “Tú, hombre de Dios” (1 Tm 6, 11): con este título san Pablo designa a Timoteo en la segunda lectura que ha sido proclamada. Es una página en la cual el Apóstol traza un programa de vida perennemente válido para el obispo. El pastor debe ser “hombre de Dios”; su existencia y su ministerio están completamente bajo el señorío divino, y en el excelso misterio de Dios encuentran luz y fuerza.

Continúa san Pablo: “Tú, hombre de Dios, (...) *tiende a la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre*” (v. 11). ¡Cuánta sabiduría se encierra en ese “tiende”! La ordenación episcopal no infunde la perfección de las virtudes: el obispo está llamado a proseguir su camino de santificación con mayor intensidad, para alcanzar la estatura de Cristo, hombre perfecto.

Añade el Apóstol: “combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna” (v. 12). Orientados hacia el reino de Dios, afrontamos, queridos hermanos, nuestra lucha diaria por la fe, sin buscar otra recompensa que la que Dios nos dará al final. Estamos llamados a hacer esta “*solemne profesión de fe delante de muchos testigos*” (v. 12). Así, el esplendor de la fe se hace testimonio: reflejo de la gloria de Cristo en las palabras y en los gestos de cada uno de sus ministros fieles.

Concluye san Pablo: “Te recomiendo que conserves el mandato sin mancha ni reproche, hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (vv. 13-14). “¡El mandato!”. *En esta palabra está Cristo entero*: su Evangelio, su testamento de amor, el don de su Espíritu que perfecciona la ley.

Los Apóstoles recibieron de él esta herencia y nos la han confiado a nosotros, para que la conservemos y transmitamos intacta hasta el final de los tiempos.

6. Amadísimos hermanos en el episcopado, Cristo nos repite hoy: “*Duc in altum, Rema mar adentro*” (Lc 5, 4). A la luz de esta invitación suya, podemos releer el triple *munus* que se nos ha confiado en la Iglesia: *munus docendi, sanctificandi et regendi* (cf. *Lumen gentium*, 25-27; *Christus Dominus*, 12-16).

*Duc in docendo*. “Proclama la palabra -diremos con el Apóstol-, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Tm 4, 2).

*Duc in sanctificando*. Las “redes” que estamos llamados a echar entre los hombres son ante todo los sacramentos, de los cuales somos los principales dispensadores, reguladores, custodios y promotores (cf. *Christus Dominus*, 15). Forman una especie de “red” salvífica que libera del mal y conduce a la plenitud de la vida.

*Duc in regendo*. Como pastores y verdaderos padres, con la ayuda de los sacerdotes y de otros colaboradores, tenemos el deber de reunir la familia de los fieles y fomentar en ella la caridad y la comunión fraterna (cf. *ib.*, 16).

Aunque se trate de una misión ardua y difícil, nadie debe desalentarse. Con san Pedro y con los primeros discípulos, también nosotros renovemos confiados nuestra sincera profesión de fe: Señor, “¡en tu nombre, echaré las redes!” (Lc 5, 5). ¡En tu nombre, oh Cristo, queremos servir a tu Evangelio para la esperanza del mundo!

Y también confiamos en tu materna asistencia, oh Virgen María. Tú, que guiaste los primeros pasos de la comunidad cristiana, sé también para nosotros apoyo y estímulo. Intercede por nosotros, María, a la que con palabras del siervo de Dios Pablo VI invocamos como “auxilio de los obispos y Madre de los pastores”. Amén.

# **Santo Padre**

- 2.1. XVII Jornada Mundial de la Juventud, 2002.
- 2.2. Jornada Mundial del emigrante, 2002.
- 2.3. X Jornada Mundial del Enfermo, 2002.
- 2.4. XXXIX Jornada Mundial de oración por las Vocaciones, 2002.

*Mensajes*





## MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA XVII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

*“Vosotros sois la sal de la tierra...  
Vosotros sois la luz del mundo”, (Mt 5, 13-14)*

*¡Queridos jóvenes!*

1. Aún permanece muy vivo en mi memoria el recuerdo de los momentos extraordinarios que hemos vivido juntos en Roma durante el Jubileo del año 2000, cuando habéis venido en peregrinación a las tumbas de los Apóstoles san Pedro y san Pablo. Habéis pasado por la Puerta Santa en largas filas silenciosas y os habéis preparado a recibir el sacramento de la Reconciliación; después, en la vigilia nocturna y en la Misa de la mañana en Tor Vergata, habéis vivido una intensa experiencia espiritual y eclesial; robustecidos en la fe, habéis vuelto a casa con la misión que os he confiado: que seáis, en esta aurora del nuevo milenio, testigos valientes del Evangelio.

La celebración de la Jornada Mundial de la Juventud se ha convertido ya en un momento importante de vuestra vida, como lo ha sido para la vida de la Iglesia. Os invito, pues, a que comencéis a prepararos para XVIIª edición de este gran acontecimiento, que se celebrará internacionalmente en Toronto, Canadá, el verano del próximo año. Será una nueva ocasión para encontrar a Cristo, dar testimonio de su presencia en la sociedad contemporánea y llegar a ser constructores de la “civilización del amor y la verdad”.

2. *“Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo”, (Mt 5,13-14)*: éste es el lema que he elegido para la próxima Jornada Mundial de la Juventud. Las dos imágenes, de la sal y la luz, utilizadas por Jesús, son complementarias y ricas de sentido. En efecto, en la antigüedad se consideraba a la sal y a la luz como elementos esenciales de la vida humana.

*“Vosotros sois la sal de la tierra...”*. Como es bien sabido, una de las funciones principales de la sal es sazonar, dar gusto y sabor a los alimentos. Esta imagen nos recuerda que, por el bautismo, todo nuestro ser ha sido profundamente transformado, porque ha sido “sazonado” con la vida nueva que viene de Cristo (cf. *Rm 6, 4*). La sal por la que no se desvirtúa la identi-

dad cristiana, incluso en un ambiente hondamente secularizado, es la gracia bautismal que nos ha regenerado, haciéndonos vivir en Cristo y concediendo la capacidad de responder a su llamada para “que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios” (Rm 12, 1). Escribiendo a los cristianos de Roma, san Pablo los exhorta a manifestar claramente su modo de vivir y de pensar, diferente del de sus contemporáneos: “no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rm 12, 2).

Durante mucho tiempo, la sal ha sido también el medio usado habitualmente para conservar los alimentos. Como la sal de la tierra, estáis llamados a conservar la fe que habéis recibido y a transmitirla intacta a los demás. Vuestra generación tiene ante sí el gran desafío de mantener integro el depósito de la fe (cf 2 Ts 2, 15; 1 Tm 6, 20; 2 Tm 1, 14).

¡Descubrid vuestras raíces cristianas, aprended la historia de la Iglesia, profundizad el conocimiento de la herencia espiritual que os ha sido transmitido, seguid a los testigos y a los maestros que os han precedido! Sólo permaneciendo fieles a los mandamientos de Dios, a la alianza que Cristo ha sellado con su sangre derramada en la Cruz, podréis ser los apóstoles y los testigos del nuevo milenio.

Es propio de la condición humana, y especialmente de la juventud, buscar lo absoluto, el sentido y la plenitud de la existencia. Queridos jóvenes, ¡no os contentéis con nada que esté por debajo de los ideales más altos! No os dejéis desanimar por los que, decepcionados de la vida, se han hecho sordos a los deseos más profundos y más auténticos de su corazón. Tenéis razón en no resignaros a las diversiones insulsas, a las modas pasajeras y a los proyectos insignificantes. Si mantenéis grandes deseos para el Señor, sabréis evitar la mediocridad y el conformismo, tan difusos en nuestra sociedad.

3. *“Vosotros sois la luz del mundo....”*. Para todos aquellos que al principio escucharon a Jesús, al igual que para nosotros, el símbolo de la luz evoca el deseo de verdad y la sed de llegar a la plenitud del conocimiento que están impresos en lo más íntimo de cada ser humano.

Cuando la luz va menguando o desaparece completamente, ya no se consigue distinguir la realidad que nos rodea. En el corazón de la noche

podemos sentir temor e inseguridad, esperando sólo con impaciencia la llegada de la luz de la aurora. Queridos jóvenes, ¡a vosotros os corresponde ser los centinela de la mañana (cf. *Is* 21, 11-12) que anuncian la llegada del sol que es Cristo resucitado!

La luz de la cual Jesús nos habla en el Evangelio es la de la fe, don gratuito de Dios, que viene a iluminar el corazón y a dar claridad a la inteligencia: “Pues el mismo Dios que dijo: ‘De las tinieblas brille la luz’, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo” (2 *Co* 4, 6). Por eso adquieren un relieve especial las palabras de Jesús cuando explica su identidad y su misión: “Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida” (*Jn* 8, 12).

El encuentro personal con Cristo ilumina la vida con una nueva luz, nos conduce por el buen camino y nos compromete a ser sus testigos. Con el nuevo modo que Él nos proporciona de ver el mundo y las personas, nos hace penetrar más profundamente en el misterio de la fe, que no es sólo acoger y ratificar con la inteligencia un conjunto de enunciados teóricos, sino asimilar una experiencia, vivir una verdad; es la sal y la luz de toda la realidad (cf. *Veritatis splendor*, 88).

En el contexto actual de secularización, en el que muchos de nuestros contemporáneos piensan y viven como si Dios no existiera, o son atraídos por formas de religiosidad irracionales, es necesario que precisamente vosotros, queridos jóvenes, reafirméis que la fe es una decisión personal que compromete toda la existencia. ¡Que el Evangelio sea el gran criterio que gué las decisiones y el rumbo de vuestra vida! De este modo os haréis misioneros con los gestos y las palabras y, dondequiera que trabajéis y viváis, seréis signos del amor de Dios, testigos creíbles de la presencia amorosa de Cristo. No lo olvidéis: ¡“No se enciende una lámpara para ponerla debajo del celmín” (cf. *Mt* 5,15).

Así como la sal da sabor a la comida y la luz ilumina las tinieblas, así también la santidad da pleno sentido a la vida, haciéndola un reflejo de la gloria de Dios. ¡Con cuántos santos, también entre los jóvenes, cuenta la historia de la Iglesia! En su amor por Dios han hecho resplandecer las mismas virtudes heroicas ante el mundo, convirtiéndose en modelos de vida propuestos por la Iglesia para que todos les imiten. Entre otros muchos, baste recordar a Inés de Roma, Andrés de Phú Yén, Pedro Calungsod,

Josefina Bakhita, Teresa de Lisieux, Pier Giorgio Frassati, Marcel Callo, Francisco Castelló Aleu o, también, Kateri Tekakwitha, la joven iraquesa llamada la “azucena de los Mohawks”. Pido a Dios tres veces Santo que, por la intercesión de esta muchedumbre inmensa de testigos, os haga ser santos, queridos jóvenes, ¡los santos del tercer milenio!

4. Queridos jóvenes, ha llegado el momento de prepararse para la XVII Jornada Mundial de la Juventud. Os dirijo una especial invitación a leer y a profundizar la Carta apostólica *Novo milenio ineunte*, que he escrito a comienzos de año para acompañar a los bautizados, en esta nueva etapa de la vida de la Iglesia y de los hombres: “Un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo. Pero no todos ven esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su “reflejo”” (n. 54).

Sí, es la hora de la misión. En vuestras diócesis y en vuestras parroquias, en vuestros movimientos, asociaciones y comunidades, Cristo os llama, la Iglesia os acoge como casa y escuela de comunión y de oración. Profundizad en el estudio de la Palabra de Dios y dejad que ella ilumine vuestra mente y vuestro corazón. Tomad fuerza de la gracia sacramental de la Reconciliación y de la Eucaristía. Tratad asiduamente con el Señor en ese “corazón con corazón” que es la adoración eucarística. Día tras día recibiréis nuevo impulso, que os permitirá confortar a los que sufren y llevar la paz al mundo. Muchas son las personas heridas por la vida, excluida del desarrollo económico, sin un techo, una familia o un trabajo; muchas se pierden tras falsas ilusiones o han abandonado toda esperanza. Contemplando la luz que resplandece sobre el rostro de Cristo resucitado, aprended a vivir como “hijos de la luz e hijos del día” (1 Ts 5, 5), manifestando a todos que “el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad” (Ef 5, 9).

5. Queridos jóvenes amigos, para todos los que puedan, ¡la cita es en Toronto! En el corazón de una ciudad multicultural y pluriconfesional, anunciaremos la unicidad de Cristo Salvador y la universalidad del misterio de salvación del que la Iglesia es sacramento. Rogaremos por la total comunión entre los cristianos en la verdad y en la caridad, respondiendo a la invitación apremiante de Dios que desea ardientemente “que sean uno como nosotros” (Jn 17, 11).

Venid para hacer resonar en las grandes arterias de Toronto el anuncio gozoso de Cristo, que ama a todos los hombres y lleva a cumplimiento todo germen de bien, de belleza y de verdad existente en la ciudad huma-

na. Venid para contar al mundo vuestra alegría de haber encontrado a Cristo Jesús, vuestro deseo de conocerlo cada vez mejor, vuestro compromiso de anunciar el Evangelio de salvación hasta los extremos confines de la tierra.

Vuestros coetáneos canadienses se preparan ya para acogeros calurosamente y con gran hospitalidad, junto con sus Obispos y las Autoridades civiles. Se lo agradezco ya desde ahora cordialmente. ¡Quiera Dios que esta primera Jornada Mundial de los Jóvenes al comienzo del tercer milenio transmita a todos un mensaje de fe, de esperanza y de amor!

Os acompaña mi bendición, mientras confío a María, Madre de la Iglesia, a cada uno de vosotros, vuestra vocación y vuestra misión.

*En Castel Gandolfo, el 25 de julio de 2001*

Joannes Paulus PP. II



## ***MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II CON MOTIVO DE LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE DEL AÑO 2002***

1. Durante los últimos decenios la humanidad ha ido adquiriendo el aspecto de una gran aldea, donde se han acortado las distancias y se ha extendido la red de comunicaciones. El desarrollo de los medios modernos de transporte facilita cada vez más los desplazamientos de personas de un país a otro, de un continente a otro. Una de las consecuencias de este importante fenómeno social es la presencia de cerca de ciento cincuenta millones de inmigrantes esparcidos en distintas partes de la tierra. Este hecho obliga a la sociedad y a la comunidad cristiana a reflexionar para responder adecuadamente, al inicio del nuevo milenio, a estos desafíos emergentes en un mundo donde están llamados a convivir hombres y mujeres de culturas y religiones diversas.

Para que esta convivencia se desarrolle de modo pacífico es indispensable que, entre los miembros de las diferentes religiones, caigan las barreras de la desconfianza, de los prejuicios y de los miedos que, por desgracia, aún existen. En cada país son necesarios el diálogo y la tolerancia recíproca entre cuantos profesan la religión de la mayoría y los que pertenecen a las minorías, constituidas frecuentemente por inmigrantes, que siguen religiones diversas. El diálogo es el camino real que hay que recorrer, y por esta senda la Iglesia invita a caminar para pasar de la desconfianza al respeto, del rechazo a la acogida.

Recientemente, al término del gran jubileo del año 2000, quise renovar en este sentido un llamamiento para que se estable “una relación de apertura y diálogo con representantes de otras religiones” (*Novo millennio ineunte*, 55). Para alcanzar este objetivo, no bastan las iniciativas que atraen el interés de los grandes medios de comunicación social; sirven, más bien, los gestos diarios realizados con sencillez y constancia, capaces de producir un auténtico cambio en la relación interpersonal.

2. El vasto e intenso entramado de fenómenos migratorios, que caracteriza nuestra época, multiplica las ocasiones para el diálogo interreligioso. Tanto los países de antiguas raíces cristianas como las sociedades multiculturales ofrecen oportunidades concretas de intercambios interreli-

giosos. Al continente europeo, marcado por una larga tradición cristiana, llegan ciudadanos que profesan otras creencias. Estados Unidos, tierra que ya vive una experiencia multicultural consolidada, acoge a seguidores de nuevos movimientos religiosos. En la India, donde prevalece el hinduismo, trabajan religiosos y religiosas católicos que prestan un servicio humilde y efectivo a los más pobres del país.

El diálogo no siempre es fácil. Pero para los cristianos, su búsqueda paciente y confiada constituye un esfuerzo que hay que realizar siempre. Contando con la gracia del Señor, que ilumina las mentes y los corazones, permanecen abiertos y acogen a los que profesan otras religiones. Sin dejar de practicar con convicción su fe, buscan el diálogo también con los no cristianos. Sin embargo, saben bien que para dialogar de modo auténtico con los demás es indispensable un claro testimonio de la propia fe.

Este esfuerzo sincero de diálogo supone, por una parte, la aceptación recíproca de las diferencias, y a veces de las contradicciones, así como el respeto de las decisiones libres que las personas toman según su conciencia. Por tanto, es indispensable que cada uno, cualquiera que sea la religión a que pertenezca, tenga en cuenta las exigencias inderogables de la libertad religiosa y de conciencia, como puso de relieve el concilio Vaticano II (cf. *Dignitatis humanae*, 2).

Espero que esta convivencia solidaria se haga realidad también en los países donde la mayoría profesa una religión diversa de la cristiana, pero donde viven inmigrantes cristianos, los cuales, por desgracia, no siempre gozan de una libertad efectiva de religión y de conciencia.

Si, en el mundo de la movilidad humana, todos están animados por este espíritu, casi como en un crisol se crearán posibilidades providenciales para un diálogo fecundo, en el que no se negará jamás la centralidad de la persona. Este es el único camino para alimentar la esperanza de “alejarse del espectro funesto de las guerras de religión, que han bañado de sangre tantos períodos en la historia de la humanidad” (*Novo millennio ineunte*, 55) y han obligado a menudo a muchas personas a abandonar sus países. Urge trabajar para que el nombre del único Dios se convierta, como debe ser, en “un nombre de paz y un imperativo de paz” (*ib.*).

3. “Migraciones y diálogo interreligioso” es el tema propuesto para la Jornada mundial del emigrante y el refugiado de 2002. Ruego al Señor



para que esta celebración anual sea para todos los cristianos ocasión de profundizar en estos aspectos sumamente actuales de la nueva evangelización, valorando todos los instrumentos a disposición, para realizar en las comunidades parroquiales iniciativas apostólicas y pastorales adecuadas.

La parroquia representa el espacio en el que puede llevarse a cabo una verdadera pedagogía del encuentro con personas de convicciones religiosas y culturas diferentes. En sus diversas articulaciones, la comunidad parroquial puede convertirse en lugar de acogida, donde se realiza el intercambio de experiencias y dones, y esto no podrá por menos de favorecer una convivencia serena, previniendo el peligro de tensiones con los inmigrantes que profesan otras creencias religiosas.

Si todos tienen voluntad de dialogar, aun siendo diversos, se puede encontrar un terreno de intercambios provechosos y desarrollar una amistad útil y recíproca, que puede traducirse también en una eficaz colaboración para alcanzar objetivos compartidos al servicio del bien común. Se trata de una oportunidad providencial, especialmente para las metrópolis donde es muy elevado el número de inmigrantes pertenecientes a culturas y religiones diferentes. A este propósito, se podría hablar de auténticos “laboratorios” de convivencia civil y diálogo constructivo. El cristiano, dejándose guiar por el amor a su divino Maestro, que con su muerte en la cruz redimió a todos los hombres, abre también sus brazos y su corazón a todos. Debe animarlo la cultura del respeto y la solidaridad, especialmente cuando se encuentra en ambientes multiculturales y multirreligiosos.

4. Cada día, en muchas partes del mundo, emigrantes, refugiados y desplazados se dirigen a parroquias y organizaciones católicas, buscando apoyo, y son acogidos sin tener en cuenta su pertenencia cultural y religiosa. El servicio de la caridad, que los cristianos siempre están llamados a realizar, no puede limitarse a la mera distribución de ayudas humanitarias. De este modo se crean nuevas situaciones pastorales, que la comunidad eclesial no puede por menos de tener en cuenta. Corresponderá a sus miembros buscar ocasiones oportunas para compartir con quienes son acogidos el don de la revelación del Dios Amor, “que tanto amó al mundo, que dio a su Hijo único” (*Jn 3, 16*). Junto con el pan material, es indispensable no descuidar el ofrecimiento del don de la fe, especialmente a través del propio testimonio existencial y siempre con gran respeto a todos. La acogida y la apertura recíproca permiten conocerse mejor y descubrir que las diversas tradiciones religiosas contienen a menudo valiosas semillas de verdad. El diálogo que

resulta de ello puede enriquecer a cualquier espíritu abierto a la verdad y al bien.

De este modo, si el diálogo interreligioso constituye uno de los desafíos más significativos de nuestro tiempo, el fenómeno de las migraciones podría favorecer su desarrollo. Obviamente, como escribí en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, este diálogo no podrá “basarse en el indiferentismo religioso” (n. 56). Antes bien, los cristianos “tenemos el deber de desarrollarlo dando el testimonio pleno de la esperanza que está en nosotros” (*ib.*). El diálogo no debe esconder el don de la fe, sino exaltarlo. Por otra parte, ¿cómo podríamos tener semejante riqueza sólo para nosotros? Debemos ofrecer a los emigrantes y a los extranjeros que profesan religiones diversas, y que la Providencia pone en nuestro camino, el mayor tesoro que poseemos, aunque con gran atención a la sensibilidad de los demás.

Para realizar esta misión es preciso dejarse guiar por el Espíritu Santo. En el día de Pentecostés, el Espíritu de verdad completó el proyecto divino sobre la unidad del género humano en la diversidad de las culturas y las religiones. Al escuchar a los Apóstoles, los numerosos peregrinos reunidos en Jerusalén exclamaron admirados: “Les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios” (*Hch 2, 11*). Desde aquel día, la Iglesia prosigue su misión, proclamando las “maravillas” que Dios no cesa de realizar entre los miembros de las diferentes razas, pueblos y naciones.

5. A María, Madre de Jesús y de la humanidad entera, le encomiendo las alegrías y los esfuerzos de cuantos recorren con sinceridad el camino del diálogo entre culturas y religiones diversas, para que acoja bajo su amoroso manto a las personas implicadas en el vasto fenómeno de las migraciones. Que María, el “Silencio” en el cual la “Palabra” se hizo carne, la humilde “esclava del Señor” que conoció las tribulaciones de la migración y las pruebas de la soledad y el abandono, nos enseñe a testimoniar la Palabra que se hizo vida entre nosotros y por nosotros. Que ella nos disponga al diálogo sincero y fraterno con todos nuestros hermanos y hermanas emigrantes, aunque pertenezcan a religiones diversas.

Acompaño estos deseos con la seguridad de mi oración y os bendigo a todos con afecto.

*Castelgandolfo, 25 de julio de 2001*

Joannes Paulus PP. II

**MENSAJE DEL SANTO PADRE  
JUAN PABLO II  
PARA LA X JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO**

1. Desde hace algunos años, el 11 de febrero, día en que la Iglesia conmemora la aparición de Nuestra Señora de Lourdes, ha quedado oportunamente unido a un importante acontecimiento: la celebración de la *Jornada mundial del enfermo*. En el año 2002 tendrá lugar la décima celebración, que se realizará en el conocido centro de peregrinaciones marianas del sur de la India, el santuario de la “Virgen de la salud”, en Vailankanny, conocido como “La Lourdes de Oriente” (*Ángelus* del 31 de julio de 1988). Millones de personas, seguras de la indefectible ayuda de la Madre de Dios en sus necesidades, acuden con profunda devoción y confianza a ese santuario, situado en la costa del golfo de Bengala, en una zona tranquila, entre palmeras. Vailankanny no sólo atrae a peregrinos cristianos, sino también a muchos seguidores de otras religiones, especialmente hindúes, que ven en la Virgen de la salud a la Madre solícita y compasiva de la humanidad que sufre.

En la India, tierra de religiosidad tan profunda y antigua, ese santuario dedicado a la Madre de Dios es realmente un punto de encuentro para miembros de diversas religiones y un ejemplo excepcional de armonía y diálogo interreligioso.

La Jornada mundial del enfermo comenzará con un momento de intensa oración por todos los que sufren y los enfermos. De ese modo expresaremos a los que sufren nuestra solidaridad, que brota de la convicción de la misteriosa naturaleza del dolor y su función en el proyecto amoroso de Dios para cada persona. La Jornada proseguirá con una reflexión y un estudio serios sobre la respuesta cristiana al mundo del sufrimiento humano, que parece aumentar día tras día, entre otras causas por calamidades originadas por el hombre y por opciones malsanas realizadas por personas y sociedades. Al volver a examinar el papel y la función de las instituciones sanitarias, de los hospitales cristianos y de su personal, esta reflexión destacará y reafirmará los auténticos valores cristianos, que deberían inspirarlos. Seguir las huellas de Jesús, el Médico divino, que vino “para que tengan

vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10) -tema de la reflexión de la Jornada- implica una clara actitud en favor de la cultura de la vida y un compromiso total en defensa de la vida desde la concepción hasta la muerte natural.

2. Está bien buscar medios nuevos y eficaces para aliviar el sufrimiento, pero el sufrimiento sigue siendo un hecho fundamental de la vida humana. En cierto sentido, es tan profundo como el hombre mismo y afecta a su misma esencia (cf. *Salvifici doloris*, 3). La investigación y los cuidados médicos no explican del todo ni eliminan completamente el sufrimiento. En su profundidad y en sus múltiples formas, es preciso considerarlo desde una perspectiva que trascienda su dimensión meramente física. Las diversas religiones de la humanidad siempre han tratado de responder a la pregunta del sentido del dolor y reconocen la necesidad de mostrar compasión y bondad a los que sufren. Por eso, las convicciones religiosas han dado origen a prácticas médicas encaminadas a tratar y curar las enfermedades, y la historia de las diferentes religiones, registra formas organizadas de asistencia sanitaria a los enfermos, practicadas ya desde tiempos muy antiguos.

Aunque la Iglesia considera que en las interpretaciones no cristianas del sufrimiento se hallan muchos elementos válidos y nobles, su comprensión de este gran misterio humano es única. Para descubrir el sentido fundamental y definitivo del sufrimiento “tenemos que volver nuestra mirada a la revelación del amor divino, fuente última del sentido de todo lo existente” (*ib.*, 13). La respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento “ha sido dada por Dios al hombre en la cruz de Jesucristo” (*ib.*). El sufrimiento, consecuencia del pecado original, asume un nuevo sentido: se convierte en participación en la obra salvífica de Jesucristo (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1521). Con su sufrimiento en la cruz, Cristo venció el mal y nos permite vencerlo también a nosotros. Nuestros sufrimientos cobran sentido y valor cuando están unidos al suyo. Cristo, Dios y hombre, tomó sobre sí los sufrimientos de la humanidad, y en él el mismo sufrimiento humano asume un sentido de redención.

En esta unión entre lo humano y lo divino, el sufrimiento produce el bien y vence el mal. A la vez que expreso mi profunda solidaridad con todos los que sufren, oro fervientemente a Dios para que la celebración de la Jornada mundial del enfermo sea para ellos un momento providencial que les abra un nuevo horizonte de sentido en su vida.

La fe nos enseña a buscar el sentido último del sufrimiento en la pasión, muerte y resurrección de Cristo. La respuesta cristiana al dolor y al sufrimiento nunca se ha caracterizado por la pasividad. La Iglesia, urgida por la caridad cristiana, que encuentra su expresión más alta en la vida y en las obras de Jesús, el cual “pasó haciendo el bien” (*Hch* 10, 38), sale al encuentro de los enfermos y los que sufren, dándoles consuelo y esperanza. No se trata de un mero ejercicio de benevolencia; brota de la compasión y la solicitud, que llevan a un servicio atento y asiduo. Ese servicio implica, en definitiva, la entrega generosa de sí a los demás, especialmente a los que sufren (cf. *Salvifici doloris*, 29). La parábola evangélica del buen samaritano capta muy bien los sentimientos más nobles y la reacción de una persona ante un hombre que sufre y necesita ayuda. Buen samaritano es quien se detiene para atender a las necesidades de los que sufren.

3. En este momento pienso en los innumerables hombres y mujeres que, en todo el mundo, trabajan en el campo de la salud, como directores de centros sanitarios, capellanes, médicos, investigadores, enfermeras, farmacéuticos, personal paramédico y voluntarios. Como recordé en mi exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Asia*, en numerosas ocasiones, durante mis visitas a la Iglesia en diversas partes del mundo, he quedado hondamente conmovido por el extraordinario testimonio cristiano de muchos grupos de profesionales de la salud, especialmente de los que se dedican a cuidar de los discapacitados y los enfermos terminales, así como de los que luchan para evitar la difusión de nuevas enfermedades, como el sida (cf. n. 36). Con la celebración de la Jornada mundial del enfermo, la Iglesia expresa su gratitud y su aprecio por el servicio desinteresado de muchos sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos en el campo de la salud, que atienden generosamente a los enfermos, a los que sufren y a los moribundos, sacando fuerza e inspiración de la fe en el Señor Jesús y de la imagen evangélica del buen samaritano. El mandato del Señor durante la última Cena: “Haced esto en memoria mía”, además de referirse a la fracción del pan, alude también al cuerpo entregado y a la sangre derramada por Cristo por nosotros (cf. *Lc* 22, 19-20), es decir, al don de sí a los demás. Una expresión particularmente significativa de este don de sí es el servicio a los enfermos y a los que sufren. Por tanto, quienes se dedican a ese servicio, encontrarán siempre en la Eucaristía una fuente inagotable de fuerza y un estímulo a una generosidad siempre renovada.

4. Al acercarse a los enfermos y a los que sufren, la Iglesia se guía por una visión precisa y completa de la persona humana “creada a imagen

de Dios y dotada de la dignidad y los derechos humanos inalienables que Dios le dio" (*Ecclesia in Asia*, 33). En consecuencia, la Iglesia insiste en el principio según el cual no todo lo que es técnicamente posible es lícito moralmente. Los enormes progresos y avances de la ciencia médica, en tiempos recientes, nos dan a todos una gran responsabilidad con respecto al don divino de la vida, que sigue siendo un don en todas sus fases y condiciones.

Debemos vigilar para impedir cualquier posible violación y supresión de la vida. "Somos los custodios de la vida, no sus propietarios. (...) Desde su concepción, la vida humana implica la acción creadora de Dios y mantiene siempre un vínculo especial con el Creador, fuente de la vida y su único fin" (*ib.*, 35).

Las instituciones sanitarias cristianas, firmemente arraigadas en la caridad, prosiguen la misión de Jesús de cuidar de los débiles y los enfermos. Espero que, en cuanto lugares en los que se afirma y se asegura la cultura de la vida, sigan respondiendo a las expectativas que tienen depositadas en ellas todos los miembros dolientes de la humanidad. Pido fervientemente a María, Salud de los enfermos, que siga otorgando su protección amorosa a los que se hallan heridos en el cuerpo y en el espíritu, e interceda por los que cuidan de ellos. Que ella nos ayude a unir nuestros sufrimientos a los de su Hijo mientras nos encaminamos con gozosa esperanza hacia la seguridad de la casa del Padre.

*Castelgandolfo, 6 de agosto de 2001*

**Joannes Paulus PP. II**

**MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II  
PARA LA XXXIX JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN  
POR LAS VOCACIONES**

**21 de abril 2002.- IV Domingo de Pascua**

**Tema: “La vocación a la santidad”**

*Venerables Hermanos en el Episcopado,  
queridos Hermanos y Hermanas:*

I. A todos vosotros “*los queridos por Dios y santos por vocación, la gracia y la paz de parte de Dios, Padre nuestro, y del Señor Jesucristo*” (Rom.1,7). Estas palabras del apóstol Pablo a los cristianos de Roma nos introducen en el tema de la próxima Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones: “*La vocación a la santidad*”. ¡La santidad! He aquí la gracia y la meta de todo creyente, conforme nos recuerda el Libro del Levítico: “*Sed santos, porque yo, el Señor, Dios vuestro, soy santo*” ( 19,2).

En la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* he invitado a poner “*la programación pastoral en el signo de la santidad*”, para “*expresar la convicción de que si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una éticaminimalista y una religiosidad superficial...Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este “alto grado” de la vida cristiana ordinaria: la vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esta dirección*” (nº 31).

Tarea primaria de la Iglesia es acompañar a los cristianos por el camino de la santidad, con el fin de que iluminados por la inteligencia de la fe, aprendan a conocer y a contemplar el rostro de Cristo y a redescubrir en Él la auténtica identidad y la misión que el Señor confía a cada uno. De tal modo que lleguen a estar “*edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, teniendo como piedra angular al mismo Jesucristo. En Él cada construcción crece bien ordenada para ser templo santo en el Señor*” (Ef. 2. 20-21).

La Iglesia reúne en sí todas las vocaciones que Dios suscita entre sus hijos y se configura a sí misma como reflejo luminoso del misterio de la Santísima Trinidad. Como “ pueblo congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, lleva en sí el misterio del Padre que llama a todos a santificar su nombre y a cumplir su voluntad; custodia el misterio del Hijo que, mandado por el Padre a anunciar el reino de Dios, invita a todos a seguirle; es depositaria del misterio del Espíritu Santo que consagra para la misión que el Padre ha elegido mediante su Hijo Jesucristo.

Porque la Comunidad eclesial es el lugar donde se expresan las diversas vocaciones suscitadas por el Señor, en el contexto de la Jornada Mundial, que tendrá lugar el próximo 21 de abril, IV Domingo de Pascua, se desarrollará el tercer Congreso Continental por las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada en Norteamérica. Me alegro de dirigir a los promotores y a los participantes mis benevolentes saludos y de expresar viva complacencia por una iniciativa que afronta uno de los problemas cruciales de la Iglesia que existe en América y por la Nueva Evangelización del Continente. Invito a todos, para que encuentro tan importante pueda suscitar un renovado empeño en el servicio de las vocaciones y un entusiasmo más generoso entre los cristianos del “Nuevo Mundo”.

2. La Iglesia es “*casa de la santidad*” y la caridad de Cristo, difundida por el Espíritu Santo, constituye su alma. Por ella todos los cristianos deben ayudarse recíprocamente en descubrir y realizar su vocación a la escucha de la Palabra de Dios, en la oración, en la asidua participación a los Sacramentos y en la búsqueda constante del rostro de Cristo en cada hermano. De tal modo cada uno, según sus dones, avanza en el camino de la fe, tiene pronta la esperanza y obra mediante la caridad (Cf. *Lumen gentium*, 4.1) mientras la Iglesia “*revela y revive la infinita riqueza del misterio de Jesucristo (Christifideles laici, 55)*” y consigue que la santidad de Dios entre en cada estado y situación de vida, para que todos los cristianos lleguen a ser operarios de la viña del Señor y edifiquen el Cuerpo de Cristo.

Si cada vocación en la Iglesia está al servicio de la santidad, algunas, sobre todo, como la vocación al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada lo son de modo especialísimo. Es a estas vocaciones a las que invito a mirar hoy con particular atención, intesificando su oración por ellas.

La vocación al ministerio sacerdotal “*es esencialmente una llamada a la santidad, en la forma que brota del sacramento del Orden. La santidad es intimidad*”



con Dios, es imitación de Cristo pobre, casto, y humilde; es amor sin reserva a las almas y donación al verdadero bien; es amor a la Iglesia que es santa y nos quiere santos, porque tal es la misión que Cristo le ha confiado" (*Pastores dabo vobis*, 33). Jesús llama a los Apóstoles " para que estén con Él". (*Mc 3,14*) en una intimidad privilegiada (cfr *Lc 8, 1- 2; 22, 28*). No sólo los hace partícipes de los misterios del Reino de los cielos (Cfr *Mt.13,16-18*) sino que espera de ellos una fidelidad más alta y acorde con el ministerio apostólico al que les llama. Les exige una pobreza más rigurosa (Cfr. *Mt 19, 22-23*), la humildad del siervo que se hace el último de todos (cfr. *Mt. 20, 25-27*).

Les pide la fe en los poderes recibidos (Cfr. *Mt.17,19-21*, la oración y el ayuno como instrumentos eficaces de apostolado (cfr. *Mc 9, 29*) y el desinterés: "*Gratuitamente habéis recibido, dad gratuitamente*". (*Mt. 10, 8*). De ellos espera la prudencia unida a la simplicidad y a la rectitud moral (cfr. *Mt. 10, 26-28*) y el abandono a la Providencia (Cfr. *Lc 9, 1-3*); *19, 22-23*). No debe faltarles la conciencia de la responsabilidad asumida, en cuanto administradores de los sacramentos instituidos por el Maestro y operarios de su viña (cfr. *Lc 12, 43-48*).

La vida consagrada revela la íntima naturaleza de cada vocación cristiana a la santidad y la tensión de toda la Iglesia-Esposa hacia Cristo, "su único Esposo". "*La profesión de los consejos evangélicos está íntimamente conectada con el misterio de Cristo, teniendo el deber de hacerlos presentes en la forma de vida que ellos elijan, añadiéndolo como valor absoluto y escatológico (Vita consecrata, 29)*". Las vocaciones a estos estados de vida son dones preciosos y necesarios, que atestiguan también hoy el seguimiento de Cristo casto, pobre y obediente, el testimonio del primado absoluto de Dios y el servicio a la humanidad en el estilo del Redentor representan caminos privilegiados hacia una plenitud de vida espiritual.

La escasez de candidatos al sacerdocio y a la vida consagrada, que se registra en algunos contextos de hoy, lejos de conducirnos a exigir menos y a contentarse con una formación y una espiritualidad mediocres, debe impulsarnos sobre todo a una mayor atención en la selección y en la formación de cuantos, una vez constituídos ministros y testigos de Cristo, estén llamados a confirmar con la santidad de vida lo que anuncian y celebran.

3. Es necesario poner en evidencia todos los medios para que las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, esenciales para la vida y la santidad del Pueblo de Dios, estén continuamente en el centro de la espiritualidad de la acción pastoral y de la oración de los fieles.

Los Obispos y presbíteros sean, primeramente los testigos de la santidad del ministerio recibido como don. Con la vida y la enseñanza muestren el gozo de seguir a Jesús, Buen Pastor y la eficacia renovadora del misterio de su Pascua de redención. Hagan visible con su ejemplo, de modo particular a las jóvenes generaciones, la entusiastamente aventura reservada a quien, sobre las huellas del Divino Maestro, elige pertenecer completamente a Dios y se ofrece a sí mismo para que cada hombre pueda tener vida en abundancia. (Cfr. Jn 10, 10).

Consagrados y consagradas, que viven *“en el mismo corazón de la Iglesia como elemento decisivo para su misión”* (Vita consecrata, 3), muestren que su existencia está sólidamente radicada en Cristo, que la vida religiosa es *“casa y escuela de comunión”* (Novo millennio ineunte, 43), que en su humilde y fiel servicio al hombre aliente aquella *“fantasía de la caridad”* (ibid., 50) que el Espíritu Santo mantiene siempre viva en la Iglesia. ¡No olviden que en el amor a la contemplación, en el gozo de servir a los hermanos, en la castidad vivida por el Reino de los Cielos, en la generosa dedicación a su ministerio reside la fuerza de cada propuesta vocacional!

Las familias están llamadas a jugar un papel decisivo para el futuro de las vocaciones en la Iglesia. La santidad del amor esponsal, la armonía de la vida familiar, el espíritu de fe con el que se afrontan los problemas diarios de la vida, la apertura a los otros, sobre todo a los más pobres, la participación en la vida de la comunidad cristiana constituyen el ambiente adecuado para la escucha de la llamada divina y para una generosa respuesta de parte de los hijos.

4. *“Rogad pues, al dueño de la mies para que envíe operarios a su mies”* (Mt. 9,38; Lc 10, 2) En obediencia al mandato de Cristo, cada Jornada Mundial se caracteriza como momento de oración intensa, que compromete a la Comunidad cristiana entera en una incesante y fervorosa invocación a Dios por las vocaciones. ¡Qué importante es que las comunidades cristianas lleguen a ser *verdaderas escuelas de oración* (Cfr. Novo millennio ineunte, 33), capaces de educar en el diálogo con Dios y formar a los fieles en abrirse siempre más al amor con que el Padre *“ha amado tanto al mundo hasta mandar a su Hijo unigénito”* (Jn 3, 16)! La oración cultivada y vivida ayudará a dejarse guiar por el Espíritu de Cristo para colaborar en la edificación de la Iglesia en la caridad. En tal ambiente, el discípulo crece en el deseo ardiente que cada hombre encuentra en Cristo y alcanza la verdadera libertad de los hijos de Dios. Tal deseo conducirá al creyente, bajo el ejemplo de

María, a estar disponible para pronunciar un “sí” lleno y generoso al Señor que le llama a ser ministro de la Palabra, de los Sacramentos y de la Caridad, o pueda ser signo viviente de la vida casta, pobre y obediente de Cristo entre los hombres de nuestro tiempo.

El Dueño de la mies haga que no falten en su Iglesia numerosas y santas vocaciones sacerdotales y religiosas!

Padre Santo: mira nuestra humanidad,  
que da los primeros pasos en el camino del tercer milenio.  
Su vida sigue marcada fuertemente todavía  
por el odio, la violencia, la opresión,  
pero el hambre de justicia, de verdad y de gracia,  
encuentra espacio en el corazón de tantos,  
que esperan la salvación,  
llevada a cabo por Ti, por medio de tu Hijo Jesús.  
Necesitamos mensajeros animosos del Evangelio,  
siervos generosos de la humanidad sufriente.  
Envía a tu Iglesia, te rogamos,  
presbíteros santos, que santifiquen a tu pueblo  
con los instrumentos de tu gracia.  
Envía numerosos consagrados  
que muestren tu santidad en medio del mundo.  
Envía a tu viña, santos operarios  
que trabajen con el ardor de la caridad  
y, movidos por tu Espíritu Santo,  
lleven la salvación de Cristo  
hasta los últimos confines de la tierra. Amén,

*En Castel Gandolfo, 8 de septiembre del 2001*

**Joannes Paulus PP. II**



# **Santa Sede**

## **Pontificio Consejo Justicia y Paz**

Documento para la Conferencia mundial contra el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y otras formas de intolerancia.



## COMUNICADO DEL CONSEJO PONTIFICIO JUSTICIA Y PAZ

### **CONFERENCIA MUNDIAL CONTRA EL RACISMO, LA DISCRIMINACIÓN RACIAL, LA XENOFOBIA Y OTRAS FORMAS DE INTOLERANCIA**

*Durban (Sudáfrica), del 31 de agosto al 7 de septiembre*

#### *Premisa*

Del 31 de agosto al 7 de septiembre se está celebrando en Durban (Sudáfrica), bajo el patrocinio de las Naciones Unidas, la Conferencia mundial contra el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y demás formas de intolerancia. La Santa Sede, consciente de la relevancia del tema que se está debatiendo en esta Conferencia, se halla representada por una importante delegación. Con esta ocasión, se ha distribuido a los participantes la segunda edición del documento titulado “La Iglesia frente al racismo, para una sociedad más fraterna”. Este documento fue publicado, por primera vez, por el Consejo pontificio Justicia y paz, a petición del Santo Padre, en el año 1988. Sin embargo, dicho Consejo, teniendo presente, por una parte, un marco internacional en plena evolución y, por otra, los principales temas de la Conferencia, ha puesto al inicio de la edición de este año una articulada introducción, actualizando el tema con nuevas reflexiones.

#### *Mundialización y nuevos particularismos*

En efecto, la *mundialización* se está produciendo cada vez con mayor rapidez: los países, las economías, las culturas y los estilos de vida se acercan, se universalizan y se funden. El fenómeno de la interdependencia se extiende a todos los campos: político, económico, financiero, social y cultural. Los descubrimientos científicos y el desarrollo de las técnicas de comunicación han “empequeñecido” notablemente el planeta.

A la vez, de forma paradójica, los contrastes se acentúan cada vez más, las *violencias* étnicas aumentan, la búsqueda de identidad del grupo, de la etnia o de la nación se exaspera rechazando a los otros, a los que son diferentes, hasta el punto de cometer, a veces, actos de barbarie. Así, este último decenio se ha caracterizado por guerras étnicas o nacionalistas, que constituyen motivos de creciente preocupación para el futuro.

En parte, esa paradoja, muy conocida, se suele explicar con el miedo a perder la propia identidad en un mundo que se hace planetario con demasiada rapidez, precisamente en el momento en que las desigualdades se acentúan. Pero esa paradoja se debe a múltiples causas. Es sabido que la caída del muro de Berlín despertó rencores y nacionalismos, que desde hacía años se hallaban adormecidos bajo la ceniza; y también es sabido que, con mucha frecuencia, las fronteras heredadas de la colonización no respetan la historia y la identidad de los pueblos y, además, de modo cruel, no se practica la solidaridad en sociedades cuyo entramado social se desintegra.

### *Los temas de la Conferencia*

Consiguientemente, frente a estas crisis, en los últimos decenios la situación, desde el punto de vista del racismo, de la discriminación racial, de la xenofobia y de las formas de intolerancia que implican, por desgracia no ha mejorado; más aún, tal vez ha empeorado, precisamente cuando los movimientos de población están aumentando y el entramado de las culturas y la realidad multiétnica se han convertido en fenómenos sociales generalizados. De ahí la importancia de esta Conferencia mundial sobre el racismo, importancia que la Santa Sede desea subrayar.

En un contexto internacional de este tipo, el comité preparatorio de la Conferencia de Durban decidió, el pasado mes de junio, incluir en el *orden del día provisional de la Conferencia* los siguientes cinco grandes puntos.

En primer lugar, proponía que se examinaran las fuentes, las causas, las formas y las manifestaciones contemporáneas del racismo, de la discriminación racial, de la xenofobia y de las formas de intolerancia que implican.

El segundo punto pedía tomar en consideración las víctimas de esos males.

En el tercero se invitaba a sugerir medidas, en el ámbito de la prevención, de la educación y de la protección, encaminadas a eliminar esos males, tanto a nivel nacional como regional e internacional.

El cuarto punto incluía la búsqueda de recursos útiles, medios jurídicos, reparación y medidas de indemnización. Ya desde ahora se puede señalar que esta última cuestión, la de las "medidas de indemnización", fue



puesta entre comillas en el texto del comité preparatorio, dado que es objeto de controversia: en efecto, algunos Estados desean que la esclavitud y la colonización se reconozcan explícitamente como fuente primaria de racismo y, por consiguiente, que las ex potencias coloniales asuman su deber de reparación, y esas naciones no lo aceptan.

El quinto y último punto se refería a las estrategias orientadas a instaurar la igualdad integral y efectiva, particularmente la cooperación internacional y la consolidación de los mecanismos de puesta en práctica por parte de la Organización de las Naciones Unidas y otros mecanismos internacionales en el ámbito de la lucha contra el racismo.

### *La contribución de la Iglesia: perdón y reconciliación*

En este marco, podemos preguntarnos cuál ha de ser la *contribución específica que la Iglesia católica* está llamada a dar, no sólo a la actual Conferencia de Durban, sino también, más en general, a la lucha contra el racismo, la discriminación racial, la xenofobia y la intolerancia.

La primera respuesta, obligada, es que, dado que *del corazón del hombre* nacen los asesinatos, las maldades, la envidia, la soberbia y la insensatez (cf. *Mc 7, 21*), en este nivel es donde la contribución de la Iglesia católica, con sus constantes llamadas a la conversión personal, es más importante e insustituible.

En efecto, es preciso ante todo dirigirse al corazón del hombre, porque es el primero que necesita purificarse para que no reinen en él ni el miedo ni el espíritu de dominio, sino la apertura a los demás, la fraternidad y la solidaridad. De ahí el papel fundamental de las religiones y, en particular, de la fe cristiana, que enseña la dignidad de todo ser humano y la unidad del género humano. Y, si la guerra o situaciones graves convirtieran a otros hombres en enemigos, el primer mandamiento cristiano, y el más radical, es precisamente el del amor al enemigo y responder al mal con el bien.

Al cristiano no se le permite tener propósitos o comportamientos racistas o discriminatorios, aunque, por desgracia, esto no siempre se vive en la práctica, y no siempre se ha cumplido a lo largo de la historia. A este respecto, el Papa Juan Pablo II quiso que el Año jubilar 2000 se caracterizara por repetidas *peticiones de perdón* en nombre de la Iglesia, a fin de que la memoria de la Iglesia fuera purificada de todas las “formas de antitestimo-

nio y de escándalo" (*Tertio millennio adveniente*, 33) que se sucedieron en el decurso del milenio pasado.

En efecto, en ciertas situaciones acontece que el mal sobrevive a quien lo ha realizado, a través de las consecuencias de los comportamientos, y estos últimos pueden convertirse en pesadas cargas que gravan sobre la conciencia y la memoria de los descendientes. Entonces resulta necesaria una *purificación de la memoria*: "Purificar la memoria significa eliminar de la conciencia personal y común todas las formas de resentimiento y de violencia que la herencia del pasado haya dejado, sobre la base de un juicio histórico-teológico nuevo y riguroso, que funda un posterior comportamiento moral renovado (...), con vistas al crecimiento de la reconciliación en la verdad, en la justicia y en la caridad entre los seres humanos y, en particular, entre la Iglesia y las diversas comunidades religiosas, culturales o civiles con las que entra en relación" (Comisión teológica internacional, *Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado*, n. 1).

La petición de perdón afecta en primer lugar a la vida de los cristianos que forman parte de la Iglesia; sin embargo, "es legítimo esperar que los responsables políticos y los pueblos, sobre todo los que se hallan implicados en conflictos dramáticos, alimentados por el odio y el recuerdo de heridas a menudo antiguas, se dejen guiar por el espíritu de perdón y reconciliación testimoniado por la Iglesia, y se esfuercen por resolver sus contrastes mediante un diálogo leal y abierto" (Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en un congreso internacional sobre la Inquisición*, 31 de octubre de 1998, n. 5: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 6 de noviembre de 1998, p. 2).

El perdón, acto de amor gratuito, tiene sus exigencias: es necesario reconocer el mal que se ha realizado y, en la medida de las posibilidades, remediarlo. Por consiguiente, la primera exigencia es el respeto a la *verdad*. En efecto, la mentira, la deslealtad, la corrupción, la manipulación ideológica o política hacen imposible entablar relaciones sociales pacíficas. De ahí la importancia de procesos que permitan establecer la verdad, procesos necesarios pero delicados, pues la investigación de la verdad corre el peligro de transformarse en sed de venganza.

### *La cuestión de la reparación*

Una segunda exigencia es la *justicia*, dado que "el perdón no elimina ni disminuye la exigencia de la reparación, que es propia de la justicia,

sino que trata de reintegrar tanto a las personas y los grupos en la sociedad, como a los Estados en la comunidad de las naciones” (Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 1997*, n. 5: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de diciembre de 1996, p. 11).

La Santa Sede es muy consciente de la importancia y, al mismo tiempo, de la delicadeza de los problemas vinculados a “la exigencia de reparación”, especialmente cuando se traduce en demandas de indemnización. El debate que se entabló entre algunos Estados miembros de las Naciones Unidas en el momento de aceptar el orden del día provisional de la Conferencia de Durban es un testimonio ulterior. A la Iglesia no compete proponer una solución técnica a ese problema tan complejo. Sin embargo, la Santa Sede expresa su convicción de que cada vez es más necesario mirar al pasado con memoria purificada para poder afrontar serenamente el futuro.

### *La educación en los derechos humanos*

Entre las recomendaciones que se proponen en el programa de la Conferencia de Durban se halla también el compromiso de educar en los derechos humanos, particularmente a través de los medios de comunicación y la labor de las religiones.

La Santa Sede es consciente de que las raíces del racismo, de la discriminación y de la intolerancia se encuentran en los prejuicios y en la ignorancia, ante todo frutos del pecado, pero también de una *educación* equivocada e insuficiente. De ahí el papel fundamental de la educación. Al respecto, la Iglesia católica recuerda su papel activo “en la base” -papel que tiene un enorme alcance- para educar e instruir a los jóvenes de cualquier confesión religiosa y de todos los continentes, y eso desde hace siglos. La Iglesia, fiel a sus valores, imparte una educación al servicio del hombre y de todo el hombre. Esta acción fundamental en favor de la causa de los derechos humanos es muy conocida.

Con respecto al papel insustituible de las religiones, y en particular de la fe cristiana, para educar en el respeto a los derechos del hombre, baste recordar que una enseñanza correcta de la religión permite alejarse de esos “ídolos falsos” que son el nacionalismo y el racismo. El Papa Juan Pablo II afirmaba ante la asamblea interreligiosa de 1999: “La tarea que debemos cumplir consiste en promover una cultura del diálogo. Individualmente y todos juntos debemos demostrar que la creencia religiosa se inspira en la

paz, fomenta la solidaridad, impulsa la justicia y sostiene la libertad” (*Discurso durante el encuentro con los líderes de diversas religiones*, 28 de octubre de 1999, n. 3: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 5 de noviembre de 1999, p. 6).

### *Las discriminaciones positivas*

Entre las recomendaciones del orden del día de la Conferencia de Durban se incluyen también las “discriminaciones positivas”. En efecto, la Convención internacional sobre la eliminación de toda forma de discriminación racial, del 21 de diciembre de 1965, que la Santa Sede ratificó, prevé la posibilidad de adoptar medidas especiales “con el único fin de asegurar de modo adecuado el progreso de algunos grupos raciales o étnicos y de personas que requieren protección, la cual puede serles necesaria para disfrutar de los derechos humanos (...) en condiciones de igualdad” (art. 1, 4).

Sobre esta base de la “acción positiva”, algunos países han adoptado legislaciones que conceden una protección especial a los pueblos autóctonos o minoritarios. Con todo, la elección de este tipo de política sigue siendo objeto de controversia. Existe el peligro real de que esas medidas consoliden la diferencia, en vez de favorecer la cohesión social; que, por ejemplo, en lo que atañe al empleo o a la vida política, se recluten o elijan las personas según su grupo étnico y no de acuerdo con su competencia; y, por último, que la libertad de elección quede condicionada.

Es indiscutible que, a veces, el peso de los antecedentes de índole histórica, social y cultural exige acciones positivas por parte de los Estados. Los pueblos autóctonos, en particular, aún sufren mucho a causa de discriminaciones. Ahora bien, la Iglesia católica, siempre muy atenta a la defensa de la realidad del hombre concreto, en su situación histórica, reivindica un respeto efectivo de los derechos humanos.

### *Formas inéditas de racismo*

Por consiguiente, estas políticas son legítimas si se respeta la prudente reserva del artículo 1º 4 de la Convención de 1965. En efecto, ese artículo establece que las discriminaciones positivas sean temporales, que no tengan como efecto el mantenimiento de derechos distintos para grupos diferentes, y que no sigan en vigor una vez obtenidos los objetivos fijados.

Notemos, por último, que desde 1988 se han ahondado dos grandes brechas a nivel mundial: la, cada vez más dramática, de la *pobreza* y de la discriminación social; y la, más nueva y menos denunciada, del *ser humano no nacido*, sujeto a experimentos y objeto de la técnica (a través de las técnicas de procreación artificial, la utilización de “embriones sobrantes”, la clonación llamada terapéutica, etc.). Es muy real el peligro de una forma inédita de racismo, pues el desarrollo de estas técnicas podría llevar a la creación de una “sub-categoría de seres humanos” destinada esencialmente a la utilidad de algunos. Se trata de una nueva y terrible forma de esclavitud. Ahora algunos poderosos intereses comerciales quisieran aprovecharse de esta latente tentación eugenésica. Por eso, los gobiernos y la comunidad científica internacional tienen el deber de vigilar atentamente.

### *Conclusión*

En septiembre de 1995, el Papa Juan Pablo II, en su visita a Sudáfrica, afirmó que la *solidaridad* “es el único camino posible para salir del completo fracaso moral de los prejuicios raciales y de las rivalidades étnicas” (*Homilía en Johannesburgo*, 17 de septiembre de 1995, n. 4: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de septiembre de 1995, p. 11). La solidaridad se ha de desarrollar entre los Estados pero también en el seno de todas las sociedades donde, indiscutiblemente, la deshumanización y la desintegración del entramado social están llevando a la exacerbación de las opiniones y de las conductas racistas y xenófobas, y al rechazo del más débil, sea extranjero, inválido o pobre.

La solidaridad se funda en la unidad de la familia humana, pues todos los hombres, creados a imagen y semejanza de Dios, tienen el mismo origen y están llamados al mismo destino. Sobre esta base es insustituible la contribución de las religiones y esa contribución deben darla todos los creyentes que, adhiriéndose libremente a su fe, la viven diariamente. En todo esto nos ha de impulsar la convicción de que la libertad de conciencia y de religión sigue siendo el presupuesto, el principio y el fundamento de cualquier otra libertad, humana y civil, individual y comunitaria.

**Cardenal François-Xavier Nguyễn van Thuân**  
*Presidente del Consejo pontificio Justicia y paz*

**S. E. Mons. Giampaolo Crepaldi**  
*Secretario*



# Vida de la Diócesis

- 1.1. XXV Aniversario del Hospital Reina Sofía.
- 1.2. Carta a los Sacerdotes.
- 1.3. Festividad de la Fuensanta.

*Obispo Diocesano*





**MISA DEL 25 ANIVERSARIO  
DEL HOSPITAL REINA SOFÍA  
SANTA IGLESIA CATEDRAL  
9 de julio de 2001**

Es evidente que al final esta es una celebración realmente en familia. Quizás como no sabíamos, imaginábamos una celebración más numerosa, tal vez nos apoyábamos en la comunicación, o que estamos a final de curso, después de la feria, o tal vez los horarios eran demasiado temprano. No, no es que a mí me preocupe lo más mínimo. Basta que una sola persona celebre la Eucaristía de acuerdo con el corazón de Dios, para que el mundo se esté transformando allí. No cuenta en la verdad de las cosas el número, pero así damos gracias para que vosotros, los que habéis venido, no os desaniméis al pensar que los demás, pues no tienen interés, o pensar que estáis solos. Yo creo que ya lo pensáis bastantes veces en vuestro ámbito de trabajo: “¡qué poquitos somos! Vamos contracorriente”. ¡No! Yo sé que hay muchas más personas que participan y viven de la fe, pero contad con que es un sábado, ya es verano, y a lo mejor no se han enterado de la hora, o lo que sea.

Entonces, ¿qué vamos a hacer? Pues, sencillamente vivir muy bien esta Eucaristía. Vivirla haciendo aquello para lo que la habíamos convocado, que es para dar gracias por vuestras vidas: las de médicos, enfermeras, auxiliares de clínica, personal no sanitario del hospital, y por lo que, a lo mejor, nuestras vidas representan para las personas. Dar gracias a Dios por todos los que a lo largo de estos 25 años han puesto su corazón, su trabajo, su ciencia, su saber, su amor, han entregado su vida por los hombres en el hospital. Y son muchas las personas que han dejado allí sus vidas en definitiva, ¿no?

Y esta es la finalidad siempre que los cristianos nos reunimos para dar gracias a Dios, porque como dice el comienzo de la Plegaria Eucarística: “siempre es nuestro deber y nuestra salvación darte gracias en todo lugar”, por el don de la fe. En esa introducción a la Liturgia Eucarística se dice que siempre el verdadero motivo de nuestra acción de gracias es Jesucristo, que está en medio de nosotros; el don que nos ha hecho de su vida, y cómo ese don nos permite vivir. No necesariamente porque seamos más buenos, que no lo somos. ¡No! Estamos hechos de la misma madera que todos los demás

seres humanos, pero el conocer a Jesucristo, el amor de Jesucristo y la luz que ese conocimiento de Jesucristo da sobre nuestro destino y el significado de nuestra vida, permite vivir de otra manera, mirar la vida, y sobre todo las personas, de otra manera. Permite vivir de otro modo todo, desde el trabajo hasta las relaciones humanas, la amistad, el matrimonio, la familia, aquello a lo que uno dedica su tiempo, porque Jesucristo ilumina sencillamente el significado de la vida, y sobre todo el valor de la vida humana.

Celebramos hoy la fiesta de la Santísima Trinidad. Es curioso, todas “nuestras oraciones: Padrenuestro, un Ave María, fácilmente, según la costumbre cristiana, las terminamos con un “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. En la Liturgia de las Horas, al final de los salmos, también se dice “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”. Pues bien, ese “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo” es lo que representa la fiesta de la Santísima Trinidad al final del año cristiano. La fiesta de la Santísima Trinidad en la Liturgia cristiana nace después de haber vivido el gran acontecimiento de la Pascua que se terminaba el Domingo pasado con la fiesta de Pentecostés.

Es curioso, el Santo Padre en el primero de sus escritos magisteriales para toda la Iglesia, definía el cristianismo de una manera un poco sorprendente. Decía: “el profundo estupor ante el valor de la persona humana se llama Evangelio, se llama también cristianismo. Quizás nosotros no estamos acostumbrados a pensar en el cristianismo así, pero es verdad que eso es lo que es; y quizás nos es más fácil verlo a nuestras generaciones, que en cierto modo vivimos en un mundo que en muchos aspectos no es cristiano, que a quienes han vivido toda su vida y toda su cultura dentro del ámbito cristiano. Nosotros hoy podemos darnos más fácilmente cuenta que efectivamente, donde está la presencia de Jesucristo y la comunión de su Iglesia, hay un buen gusto por la vida, un amor a la vida, un amor a la persona. Esto no significa ningún juicio moral sobre las personas que no tienen fe, pero lo cierto es que ese gusto se termina perdiendo socialmente, culturalmente, cuando falta el significado que da Jesucristo en la vida. La persona deja de ser importante, y la vida sigue en una tensión y en una amargura que rara vez se da cuando uno tiene la certeza, el amor de Jesucristo sosteniendo la persona.

Curiosamente, en nuestra historia de la cultura occidental, esta valoración de la persona humana nace justamente de la reflexión sobre Jesucristo y sobre la Trinidad. El concepto de persona no tendría en la cul-

tura occidental la densidad, la hondura, el peso, toda la riqueza que tiene, si no hubiera sido por la fe cristiana. Para el mundo antiguo la palabra persona (cultura griega y otras lenguas antiguas) significaba una máscara, la máscara que se ponían los actores de teatro para actuar en la comedia, o en las tragedias, de tal manera que el concepto de persona no tenía densidad, porque en el fondo era la función que uno representaba en la vida.

En ciertos pensadores de la filosofía moderna la persona vuelve a ser eso mismo, porque la vida es concebida como una especie de función en la que uno representa un papel. Nosotros mismos en esta cultura podemos llegar a olvidarnos de lo más hondo de las exigencias de nuestro ser, y a considerar la vida como una serie de papeles que uno va representando. Uno representa el papel de médico, otro el de sacerdote, otro representa el de padre de familia, o el de marido o el de mujer. Y somos más que eso, infinitamente más que eso. Y es ahí donde tiene entrada la reflexión sobre la Trinidad. Diréis: “¿que tiene que ver la Trinidad con eso?”. Si Dios es amor (eso es lo que hemos conocido en Jesucristo), y es una comunión de personas en el amor, resulta que el ser humano, que es imagen de Dios, adquiere esa dimensión infinita que proviene del ser persona en Dios. Y entonces la persona aparece como el término de una creación más, no de una relación funcional, sino de una relación que subsiste por sí misma y es fiel en sí misma.

Es decir, la persona no es nunca un instrumento para otra cosa, ni siquiera para el desarrollo, ni para el progreso. Cada persona es siempre como un absoluto, como un dios, como un dios contingente, como un dios en este mundo, pero como un dios. Y sólo hay un modo justo de tratar a la persona, y es tratarla como en el fondo intuimos la vida que trata de Dios. Me diréis: “¡Eso es muy fuerte!”, pero pensad en vosotros mismos: cuando nosotros pensamos en cómo deseábamos ser tratados, ser amados, ser respetados, cómo deseamos no ser mentidos. Siempre esa exigencia es como una exigencia última que expresa la conciencia más honda de la dignidad, y cómo cuando no somos tratados así, es decir, con un amor incondicional, con una misericordia incondicional, con la verdad, no como instrumento para otra cosa, ni siquiera cuando somos valorados por las cosas que tenemos, eso nos humilla, nos sentimos como maltratados, como un objeto, como algo que se usa para otra cosa, pero no con el respeto, no con ese profundo estupor ante el misterio que cada persona es.

En cualquier otra cultura los hombres viven lo mismo que vivimos nosotros. Su corazón es igual de grande que el nuestro, y tienen las mismas

exigencias de amor y de dignidad que nosotros, pero en ninguna otra cultura se articula explícitamente el significado de la persona humana: sus derechos, sus exigencias, su ser, como en la cultura occidental. Y eso se lo debemos a la teología cristiana y a la reflexión sobre el Dios amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo en una comunión, donde lo único que distingue al Padre del Hijo es que el Padre no es Hijo, porque están tan unidos que son la misma cosa y actúan de la misma manera, excepto que el Padre no es Hijo, y el Hijo no es Padre ni Espíritu Santo. Es el tipo de unión a la que aspiran los esposos, por ejemplo, cuando desearían ser una sola cosa y tener un solo corazón; el tipo de unión que desearían los padres con respecto a los hijos, porque todas las formas del amor humano son reflejos, signos, de ese misterio insondable de realidad que es Dios. Es en la hondura de ese misterio donde descubrimos la hondura de nuestra vida, del amor de los esposos, de padres e hijos...

Me diréis: “¿por qué?”. Sé que me he ido un poco lejos, pero en definitiva toda nuestra tarea y toda vuestra vida es cuidar personas. Y yo sé que vivimos en un mundo donde a veces la tecnología nos deslumbra de tal manera, o progresa a tal velocidad, o las necesidades son tan grandes, que uno puede olvidarse, de mil maneras, que quien tiene delante es a una persona como yo, imagen de Dios. Y sólo hay una manera justa de tratar a una persona: respetarla y quererla como uno debería respetar y querer a Dios.

Veneramos las imágenes cuando las sacamos en procesión en Semana Santa; quienes somos cristianos hacemos inclinaciones ante el altar, ante el Sagrario. Ante cada persona humana (y siempre tenemos algún rostro de una persona delante de nosotros), podríamos también reconocer a Dios. Es más, el culto que los cristianos hacemos en la Iglesia, la Eucaristía misma, los Sacramentos, tienen como fin el que podamos vivir eso que el Papa decía que es la esencia del cristianismo: “el estupor ante el misterio, ante la dignidad de cada persona humana. El estupor ante la belleza, la grandeza, la inmensidad de un rostro humano”.

Eso es el cristianismo, eso es la fe. Y eso es lo que yo, como Pastor, os invito a que seáis testigos en vuestro trabajo de cada día. Yo sé que vuestro trabajo puede ser a veces muy duro, y para algunos de los que estáis en la UVI, o en las guardias puede ser a veces muy desgastador. Y eso explica también que, el sábado por la tarde, la gente, si hace buen tiempo, prefiera irse a la sierra, porque a lo mejor lo necesita para estar el lunes como Dios manda. Pero justo porque es así, que lo podáis afrontar con la conciencia que

cada uno de vosotros sois portadores de ese amor de Cristo por la persona humana, de ese amor de Dios por la persona humana, y que le pidáis al Señor, no que las cosas os salgan bien, sino sencillamente: “Señor que yo pueda ser un signo de ese amor allí donde estoy, que pueda atender a las personas que se acercan a mí, aunque sólo sea para preguntarme dónde está tal planta, que yo pueda mirarlas como Tú me miras a mí, o como nos miras a cada uno de nosotros. Estoy seguro que a lo mejor muchas personas que no tienen fe pueden vivir esto sin darse cuenta de que lo viven. Repito que no juzgo. Mi única preocupación es que se pierdan la alegría de vivirlo, que se pierdan la alegría de saber por qué merece la pena vivir así, por qué merece la pena amar a cualquier persona, por qué merece la pena respetar al más pequeño, al más pobre de los seres humanos, por qué la vida humana es siempre sagrada.

¿Qué os parece si le pedimos al Señor en esta Eucaristía, quienes estamos aquí (pero no sólo para nosotros, sino para todos los cristianos que viven y trabajan en Reina Sofía, o en el Hospital Provincial, o en los Morales, o en los centros de salud), que el Señor nos enseñase con su amor a mirar a cada persona humana como una imagen viva de Dios, y a reconocer su misterio, y a respetar ese misterio, y a querer el bien de cada uno. Se lo pedimos con esa sencillez, porque yo creo que lo que más necesita nuestra sociedad en general, y la medicina como característica tan especial del progreso humano, es humanidad.

Yo recuerdo de los años que vivía en EE.UU. que algunos médicos me comentaban que su mayor preocupación en esos momentos era justamente que la tecnología dejase en la sombra lo que es la relación humana, lo que es justamente el valor de la persona, la humanidad de la enfermedad, la humanidad de nuestro caminar por la tierra y la humanidad de las relaciones entre el enfermo y quienes le ayudan, o le atienden.

Que el Señor nos dé ese tesoro que es reconocer su amor, de una manera que nos permita ser testigos, fomentadores, puntos de referencia del amor por el hombre, de una pasión infatigable por el hombre, con toda su fragilidad, con todo su mal, con toda su mezquindad también, pero destinado a participar, como cada uno de nosotros, de la vida eterna de Dios. Que el Señor nos conceda esto. Y no como para echarse un trabajo más encima además de las fatigas del trabajo, sino justamente para poder vivir el trabajo de una forma que no destruya; es decir, para poder vivir el trabajo de una forma que no termine volviendo cínicos la mente o el corazón, sino para

poder vivirlo con gusto, como un lugar donde uno se realiza, donde uno crece, que uno ama porque le da la oportunidad de ser lo que estamos llamados a ser, y de vivir lo que en el fondo todos deseamos vivir.

Nos unimos todos en esta oración. Todos necesitamos esa súplica, y el Señor la escuchará seguro.

\*\*\*

Antes, cuando yo he empezado a hablar y en algún momento he hecho referencia en la homilía a que si os sentíais más o menos con poco apoyo, algunas de las caras que yo tenía delante decíais que sí con la cabeza, como si ese sentimiento fuera muy real, ¿no? Y yo me estaba refiriendo al apoyo por parte de la comunidad cristiana en vuestra misión, justamente, de cuidar a los enfermos, como profesionales sanitarios cristianos. Y se me estaba ocurriendo a mí durante el resto de la misa que cómo podríamos hacer para que nos sintiéramos más cerca, es decir, para que vosotros pudierais tener la conciencia de estar más sostenidos. Y se me ocurre que, a lo mejor, a través del Instituto Diocesano de Pastoral, que tiene como misión precisamente unir la fe y los distintos ámbitos de trabajo, podríamos hacer alguna jornada, o algún seminario, donde quienes quisierais pudierais contar vuestras experiencias, donde pudiéramos ayudarnos unos a otros a vivir esa misión que yo trataba de describir torpemente en la homilía, y a poder vivirlo con gusto, con alegría, ¿no?

Y luego se me ocurre que, no un sábado por la tarde, y al margen de los 25 años, pensando mejor la manera de comunicarlo, invitando personalmente a las personas que conocéis, y buscando una hora mejor, nos juntáramos una vez al año para dar gracias a Dios y pedirle que os ayude en vuestra misión. Sería bonito.

Lo que me ha movido es que algunos, cuando decía lo de estáis muy solos, o a veces os sentís que vais contra corriente, asentíais así con la cabeza de una manera muy expresiva. Esto significa que vosotros no debéis sentir os solos. Mi misión es tratar de que ningún cristiano se pueda sentir solo en su misión, en su vida cristiana. Lo entendéis, ¿no?

Pedirle al Señor que atinemos con alguna forma que os venga bien, que os ayude de verdad, y que podamos hacerlo.

# CARTA A LOS SACERDOTES DE LA DIOCESIS

Córdoba, 10 de julio del año 2001

Mis queridos sacerdotes:

A lo largo del curso que acabamos de finalizar, -después del intenso año de gracia vivido en el Gran Jubileo del 2000-, es evidente que se abre una nueva etapa en la vida de la Diócesis, como en la de toda la Iglesia. La novedad permanente de la Iglesia, vivificada por el Espíritu del Señor, tiene que afrontar nuevos retos en una situación social y cultural muy distinta de la de hace sólo treinta años. El mismo Espíritu del Señor nos llama insistentemente a esa “nueva evangelización” de la que el mundo tiene tan urgente necesidad. Así lo subraya también la carta del Papa *Al comenzar un nuevo milenio (NMI)*, en la que el Santo Padre ofrece a toda la Iglesia las claves y numerosas orientaciones concretas para la misión de la Iglesia en este nuevo período de la historia, en continuidad con el magisterio del Concilio y con las ricas indicaciones del magisterio pontificio posterior, especialmente de su propio magisterio.

Ya desde el comienzo de este curso, todavía en pleno Año Jubilar, se planteó en el Consejo Episcopal la conveniencia de proponer a la Diócesis, finalizado el Jubileo, unas *Orientaciones Pastorales* que nos ayudasen a ir afrontando juntos esta nueva etapa, en comunión con lo que “el Espíritu dice a las Iglesias” (*Apa 2, 7*). A ello nos invita también la misma Carta del Papa, que pide a las Iglesias particulares “formular orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad” (*NMI 29*). Esa carta ha venido siendo trabajada muy atentamente por los arciprestes en las asambleas mensuales, y en ellas, al hilo de ese trabajo, se ha ido haciendo más patente la conveniencia de una reflexión común sobre la realidad y la misión de la Iglesia en nuestro contexto particular, de modo que yo pueda proponer a toda la Diócesis, al final de ese proceso, unas *Orientaciones Pastorales* que respondan más a nuestra misión como Iglesia en esta hora del mundo, y que den un nuevo impulso también a nuestro ministerio sacerdotal. En ese proceso de reflexión común y de sugerencias para el pastor de la Diócesis han de participar de algún modo todos los estados de vida que constituimos

esta porción del único Cuerpo de Cristo que está en Córdoba: los sacerdotes, por supuesto, como llamados por vocación y por el Sacramento del Orden a colaborar estrechamente con el ministerio del Obispo, y también los religiosos y religiosas, los consagrados, y los fieles cristianos laicos, tanto de las parroquias como asociados en la rica variedad de asociaciones de fieles que hay en nuestra Iglesia.

Como ya todos sabéis, los días 27 y 28 de Junio celebramos en Betania una Asamblea extraordinaria de Arciprestes que tenía como objetivo “compartir con el Obispo nuestras preocupaciones acerca de la misión de la Iglesia hoy, para colaborar en la elaboración de unas orientaciones pastorales diocesanas”. Han sido dos días de una verdadera fraternidad sacerdotal marcada por la sinceridad en la comunicación (sin que la libertad dañase la caridad), por la gracia de la comunión, y por la conciencia de la transcendencia de la misión “en una situación cada vez más variada y comprometida” (NMI 40).

Además de los resultados concretos de la Asamblea, el fruto más inmediatamente apreciado ha sido la esperanza que despertaba en todos nosotros. Esa esperanza ha generado un deseo, compartido por todos, de que los demás sacerdotes sean invitados a participar en una experiencia similar. Por ello, antes de proponer prioridades o acciones concretas que orienten nuestro ministerio, *deseo que todos los sacerdotes podáis hacer con vuestros Vicarios Episcopales el mismo trabajo -¡y pido a Dios que con el mismo Espíritu!- que han hecho los arciprestes*. En un folio adjunto encontraréis el calendario de vuestras reuniones para el mes de Septiembre y el contenido de las mismas.

Estoy convencido de que las “recetas”, o como dice el Santo padre en su Carta, “las fórmulas mágicas”, no han servido nunca, y menos aún en este cambio de época que nos “fuerza” a mirar de nuevo a nuestra santidad como la primera urgencia pastoral de todas, y a la comunión como el espacio en el que la santidad puede crecer. De esta renovada experiencia de fe y de amor a Jesucristo podrá nacer el ímpetu de los orígenes que necesita también el mundo de hoy. “¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo” (NMI 58).

Deseo que paséis un feliz verano, que tengáis todo el descanso que podáis y que os permitan vuestras circunstancias, y que lo aprovechéis para



preparar bien el inicio de nuestro trabajo en Septiembre. Leed con atención la bellísima carta del Papa. En ella encontraréis, con la gracia del Espíritu Santo, claridad sobre el contenido de nuestro ministerio, sobre las condiciones en las que se encuentra este mundo al que Cristo ama hasta dar la vida por él, y sugerencias para afrontar con esperanza los desafíos que este tiempo plantea a la misión educativa de la Iglesia. “Nos espera una apasionante tarea de renacimiento pastoral. Una obra que implica a todos” (NMI 29).

Quiero despedirme de vosotros hasta Septiembre recordando unas bellísimas palabras del Papa que son la verdadera fuente de nuestra esperanza y que deseo sean la guía de nuestro trabajo común: “No será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros!” (NMI 29).

Con mi afecto y mi bendición para cada uno de vosotros,

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

+Javier Martínez  
Obispo de Córdoba



## FESTIVIDAD DE LA FUENSANTA

### Iglesia de la Fuensanta

8 de septiembre de 2001

Queridos capitulares, querido Don Antonio, párroco de nuestra Señora de la Fuensanta, queridas autoridades, y queridos hermanos y hermanas:

Nos sumamos nosotros, como un trocito del Pueblo del Señor, esta mañana a la alabanza y la bendición de Isabel que acabamos de escuchar en el Evangelio: “Bendita Tú entre las mujeres”, como nos sumaríamos, de buen grado, a aquel elogio, a aquel piropo podríamos decir, que un hombre de Judea le hizo a Jesús: “Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron”.

Nos sumamos nosotros, hoy, a esa alabanza y esa gratitud sencillamente, porque celebramos el cumpleaños de nuestra Madre. La Iglesia entera celebra hoy la fiesta de la Natividad de la Virgen. Y la verdad es que siempre es un deber de justicia que normalmente cumplimos todos con muchísima alegría y con muchísimo gusto. Porque a nuestra madre debemos todos nuestra vida temporal, el hecho de haber nacido. A sus cuidados, y a su entrega, y a un sacrificio, difícilmente computable en términos humanos, debemos el estar vivos. Y a la Virgen debemos exactamente lo mismo. Le debemos el haber sido engendrados como hijos de Dios en Cristo. Porque al darnos Ella a Cristo, Luz del mundo, único Redentor del hombre, y aquel que abre y que inaugura el camino de la vida eterna, nos ha dado aquello que hace que la vida no sea una vanalidad ridícula, o una broma de mal gusto, a pesar de todos los sufrimientos y del mal que existe en el mundo para el cual no tenemos que tener los ojos ciegos en absoluto, no los tenemos, y si en algún momento los tuviésemos, enseguida viene el dolor, o el mal a llamar a nuestra puerta para recordarnos, diríamos, toda la herencia y la historia de pecado que hiere, y llena de tentación y de desamor nuestra vida.

Sin embargo, en medio de ese mundo, el amor de Dios ha sido más grande. Gracias al “sí” de la Virgen resplandece el poder salvador de Dios,

resplandece esa pasión de Dios por el hombre, para poder abrimos de nuevo el camino que, como fruto del pecado, nos parecía a nosotros cerrado, ni siquiera lo percibíamos; el camino de que nuestro destino es participar para siempre de la vida de Dios, gozar para siempre de su amor, que es fiel, y de que la última palabra en nuestra vida no la tiene la muerte.

Por lo tanto, cuando celebramos cualquier fiesta de la Virgen no estamos celebrando algo de una persona que vivió hace dos mil años, y que ¡qué suerte tuvo de ser la Madre de Jesús!, pero que no tuviera nada que ver con nosotros. Tiene que ver todo con nosotros, con nuestra esperanza, y con la realidades más duras, más fatigosas de la vida de cada uno. Porque la Virgen participa del triunfo de Cristo, eso es lo que hemos celebrado en agosto, en la fiesta de la Asunción, y por lo tanto, de alguna manera en el Cielo ya hay algo de esta raza nuestra, está la humanidad de Cristo que Él recibió de la Virgen. Dios antes no tenía cuerpo, y ahora tiene cuerpo, porque el Hijo de Dios se ha unido a nuestra humanidad, y ha introducido en la vida de Dios la fragilidad de la carne. Por eso la carne es santa, por eso en la humanidad del hombre no cuenta, por así decir, el alma, y por eso en nuestra fe nosotros proclamamos la esperanza en la resurrección de la carne, ciertamente que no será nuestra carne herida y envejecida, a veces llena de llagas, pero será nuestra carne. Tampoco a lo largo de la vida nuestra carne es la misma, pero aquello que la hace nuestra es que está unida a nosotros. Jesucristo ha introducido en el Cielo nuestra humanidad, incluyendo nuestra carne, y la Virgen es como la prenda que la ha llevado consigo, de manera que en ella nosotros podemos ver nuestra propia esperanza.

La Virgen vive, y como Madre de Cristo y Madre nuestra, porque así nos lo confió en la cruz, intercede y ruega por nosotros. No sólo nos dio, hace dos mil años, al Hijo de Dios encarnado, no sólo acogió al Verbo en sus entrañas para entregarlo al mundo, no sólo fue la Madre de Cristo cabeza, es también la Madre de todos nosotros, y hoy sigue siendo la fuente de aguas vivas que sacia, y nos sigue entregando al Verbo, al Hijo de Dios, fuente de nuestra esperanza, fuente de una vida verdaderamente humana.

Año tras año en Córdoba, celebramos la fiesta de la Virgen de la Fuensanta, tan ligada a eso que es uno de los aspectos más bellos de nuestra riquísima historia cristiana, como el descubrimiento del sepulcro de los mártires y a toda esa historia de testimonio de Jesucristo, que yo creo que los cristianos tenemos la responsabilidad de no dejar caer en el olvido y de recuperar.

Cuando se habla de Córdoba, por una especie de complejo quizá, se recuerda cada vez menos la belleza de su historia cristiana. Y la historia cristiana es extraordinariamente bella, tal vez con menos realizaciones exteriores que otros aspectos, o que otros periodos de nuestra historia, pero riquísima en humanidad, porque Cristo ha venido para hacer florecer la humanidad del hombre.

Cristo ha venido, y Cristo viene y se nos ofrece a nosotros hoy para que en nosotros florezca una humanidad verdadera, es decir, para hacer posible reconocer a cada uno la dignidad sagrada que todo ser humano tiene, porque somos hijos de Dios, porque Cristo ha muerto por cada uno de nosotros, y porque, por lo tanto, el valor de nuestra vida no está en la clase social, o en la familia, o en aspectos humanos con los que tantas veces los hombres creamos divisiones entre unos y otros. La verdadera dignidad está en que cada persona humana, desde el primer momento de su concepción y hasta su muerte natural, y sea cual sea su condición, es amada infinitamente por Cristo. Cristo es su fundamento más completo, y su fundamento histórico, porque en la historia ha empezado a concebirse la dignidad humana, justamente, por la experiencia de los cristianos. Encontrar a Jesucristo, hoy en nuestro mundo, significa de nuevo encontrar la dignidad y el valor de la propia vida. Y como fruto del reconocimiento de esa dignidad y del valor de la propia vida, la posibilidad de una humanidad justa, fraterna, donde los hombres se respetan y se aman, donde los hombres aprecian, trabajan, se sacrifican por la libertad de los demás, y desean el mayor bien posible para todos. Es así como se construye una ciudad humana.

La doctrina social de la Iglesia, muy poco conocida por los cristianos de hoy, pero de la que el Santo Padre ha hablado muchísimas veces, él dice que no es más que la consecuencia de la experiencia de haber encontrado a Jesucristo, y por eso no es una cosa marginal o lateral en la experiencia cristiana, sino que forma parte esencial de la fe y del anuncio de Jesucristo.

¡Dios mío! en nuestra ciudad de Córdoba, no muy diferente, en este momento, de cualquier ciudad del mundo occidental, sigue siendo necesario que haya personas, testigos, de que gracias a Jesucristo, gracias a la dicha de la fe, uno es protagonista de la propia vida, y no es solamente víctima de las circunstancias económicas, o políticas, no es simplemente un personaje pasivo en la historia, sino que cada uno de nosotros somos protagonistas de algo único, inmenso, de un drama cuya solución conocemos, pero que no

quita ni la fatiga, ni la lucha del drama. Conocemos la solución porque el amor de Cristo ya ha abrazado toda nuestra humanidad, la de cada uno de nosotros, ya ha abrazado toda mi historia, toda la historia de cada uno de nosotros, porque el amor de Cristo me ha entregado ya su Espíritu y soy hijo de Dios, a pesar de mi fragilidad y a pesar de mi pecado. Esa certeza llena de contenido la vida, pero no quita las fatigas, no suprime el mal, no suprime la libertad de los hombres que puede seguir haciendo daño, no suprime nada del riesgo de vivir, en definitiva, no suprime nuestra humanidad.

Nuestro mundo y nuestra ciudad de Córdoba sigue necesitando testigos de que hay una vida grande, de que la vida merece la pena vivirse, de que el destino del hombre no es necesariamente, pasadas la veleidades de la juventud, el cinismo, la desesperanza, la amargura, el desencanto. Queremos llenar los productos más genuinos de nuestra cultura: el cine, la televisión, por ejemplo, de que es posible vivir en la alegría; de que es posible vivir en el bien; de que es posible vivir con gratitud; de que es posible sufrir, y al mismo tiempo dar gracias por la vida y estar contento; de que es posible, cuando uno ha encontrado de verdad a Jesucristo, sencillamente afrontarlo todo, incluso la muerte, sin destruirse, porque el amor con el que cada uno de nosotros somos amados es, como deseábamos que fuera el amor humano (sólo que por ser humano no puede serlo), más fuerte que la muerte. El amor con que Jesucristo, Luz del mundo, os ama a cada uno de vosotros es más fuerte que la muerte, y la muerte no tiene el poder de destruir ese amor, y ese amor es el fundamento de nuestra esperanza.

¡Dios mío!, ¡cómo no celebrar aquella mujer! sencilla, joven, de un pueblo pequeño, más pequeño que muchos de nuestros pueblos de Córdoba, que porque su corazón era absolutamente sencillo, y había sido preparado así por la Gracia, acogió el Anuncio, la Buena Noticia de ese amor de Dios para los hombres, y nos lo ha entregado. ¡Cómo no dar gracias! y ¡cómo no suplicar a la Virgen que Ella cuide de nosotros, de nuestras familias, de nuestros barrios, de este barrio de la Fuensanta, de nuestros lugares de trabajo, de nuestra ciudad!. Para que pueda ser una ciudad, un lugar, un espacio humano, donde vive un pueblo de hombres libres, de personas responsables ante su vida, conscientes del don inmenso que es la vida, deseosas de cuidar la vida propia y ajena, de cuidar la convivencia, de construir un mundo en el que a las jóvenes generaciones les sea fácil decir: “¡qué grande es vivir, qué bueno es vivir y poder experimentar este amor que hace que la vida merezca la pena ser vivida!”, y no se vean abocados a la desesperación, al desamor, o a la violencia.

Le damos gracias a la Virgen por el don de su Hijo, por su intercesión por Córdoba, y por haber recibido nosotros, después de veinte siglos, este don inmenso de la fe y de la gracia de Jesucristo que sostiene nuestras vidas, nuestras familias, nuestros matrimonios, nuestra convivencia, nuestro deseo de amar a todos los hombres sin excepción. Y al mismo tiempo le suplicamos que en el presente, de cara a este tercer milenio donde cerramos tantas páginas, a lo mejor en las que hemos cometido todos tantos errores en la historia, quisiéramos que resplandeciera ese testimonio sencillo, auténtico, verdadero de Jesucristo; quisiéramos que resplandeciera en nuestras vidas ese amor de Dios por el hombre; que nosotros los cristianos en lugar de ser acusadores del mundo, o jueces del mundo (si el juez sólo es Dios, y ¡gracias a Dios! porque sólo Él es Juez misericordioso), podamos ser testigos auténticos, sencillos, verdaderos, del amor, de la ternura, de la misericordia de Dios por el hombre, que es la que genera, en el corazón humano, el deseo del bien, el deseo de construir algo positivo en la vida, de contribuir, de la mejor manera posible y con lo mejor de uno mismo, a un mundo donde todos nos podamos reconocer como hermanos, porque todos somos hijos, y porque todos estamos seguros del amor de nuestro Padre.

El Santo Padre en la Jornada Mundial de la Juventud, hace muy pocos días en Roma, a quienes estábamos allí nos dijo: “cuando vayáis a vuestras casas, cuando volváis a los vuestros, les dais un abrazo de mi parte y les contáis lo que habéis vivido”. Esta es la primera ocasión que tengo de encontrarme con los míos, que sois vosotros, y por lo tanto, es una obligación y la cumplo con muchísimo gusto. Dejadme transmitir ese abrazo del Santo Padre, y daros un sencillo testimonio de lo que hemos vivido allí.

Algunos medios de comunicación daban a entender que aquello era como una especie de “concierto rock”, sólo que con Papa. Yo os aseguro que no, que ver aquellos dos millones de jóvenes, no controlados por nadie, sino libremente reunidos por la convocatoria del Vicario de Cristo, como amigos de todos los países del mundo, verlos funcionar en las calles, ver la libertad con que se expresaban, la verdad con que estaban, ha sido un acontecimiento absolutamente único, y yo creo que de una trascendencia enorme para el futuro del mundo.

Eran dos millones cien mil jóvenes, aproximadamente. Y allí estaba el mundo entero representado. Recuerdo que cuando el Papa estaba llegando al campo, entre las banderas se veía una de Israel. Y luego paseándome por la zona en la que estaba había dos chicas iraquíes que me dijeron: “en

los ciento setenta y cinco países que han leído que estábamos no han dicho Irak, y somos dos. Hemos salido por la frontera de Jordania, y desde Jordania nos hemos venido poco menos que en autostop. ¿Dónde podemos ponernos lo más cerca posible?”. Dije: “hijas mías, yo os suelo, no os preocupéis, después de lo que habéis hecho merece la pena que estéis todo lo cerca que podáis”. Era la universalidad de la Iglesia como no lo ha habido en ninguna otra Jornada anteriormente, ni en Santiago, ni en Denver, ni en Czestochowa. Es como si en esa peregrinación que el Papa ha ido haciendo, se hubieran ido incluyendo pueblos nuevos, gentes nuevas. Realmente, este año, se veía que la humanidad, si está Cristo en medio de nosotros, puede ser un lugar de libertad, de respeto mutuo y de afecto mutuo, donde los hombres no consideran las diferencias como algo que genera odios o divisiones. Lo mismo veías a unos cordobeses enseñando a unos rusos a bailar sevillanas, que aprendiendo una danza del Camerún. Y veías el espectáculo de miles y miles, de un río de jóvenes que acudían a San Pedro a pedir perdón por sus pecados, a pedirle al Señor la gracia de poder ser constructores del mundo nuevo, y a profesar su fe en Jesucristo.

La madurez con que esos chicos estaban, repito que no los controlaba nadie, es imposible controlar eso, aparte de que habían ido allí porque habían querido ir, y, sin embargo, la seriedad, el ambiente que uno veía en la calle, era el de un milagro permanente. Era como un símbolo de la Iglesia. Si estamos dispuestos como la Virgen a acoger al Hijo de Dios, de verdad, en nuestro corazón, la Iglesia es un milagro permanente en medio del mundo. Un milagro que consiste en la normalidad de la vida, porque el milagro que viene a hacer Jesucristo es que el marido y la mujer se puedan amar, que los padres quieran bien a sus hijos (normalmente los padres quieren a sus hijos, no siempre bien, pero los quieren) y que los hijos quieran y obedezcan a sus padres, y que el mundo sea un mundo de hermanos. Eso que los hombres no podemos hacer, sucede cuando con sencillez acogemos a Cristo en la vida.

Os cuento, simplemente, alguna de las miles de anécdotas que podría contaros. En primer lugar, entre esos dos millones cien mil había alrededor de mil jóvenes cordobeses (entre los cuatrocientos y pico que habían venido conmigo, y otros que habían ido con otros grupos), lo cual no deja de ser una alegría muy grande para un Pastor. Eso es una esperanza, una alegría para todos, y para Córdoba también. En segundo lugar, una noche estábamos nosotros cenado y al lado estaba un grupo de orientales que se acercaron a pedirnos agua. Eran de Sri Lanka un país que lleva veinte años en guerra



civil, y donde el arma más usada son niñas de trece y catorce años que, mediante un lavado de cerebro, son utilizadas como bombas humanas, porque se suben a un autobús y explotan con una bomba que llevan pegada al cuerpo. El país está desolado, niños abandonados, familias que lo han perdido todo, imaginaros lo que son veinte años de guerra civil. En esta guerra hay católicos en los dos bandos, porque no es una guerra ni de religión, ni de etnias, ni de pueblos diferentes, es más bien una guerra de tipo social instigada por intereses extranjeros. Lo que nos sorprendió es que habían venido juntos chicos de los dos bandos. Es una anécdota, pero a uno se le ponen los pelos de punta. Cuando les preguntábamos, ellos decían: "nosotros estaríamos dispuestos a cualquier esfuerzo por la paz. Pero todos los esfuerzos humanos se rompen, una y otra vez, porque prevalecen otros intereses. Sólo sería posible con un milagro, y nosotros hemos venido aquí a pedir ese milagro". Y terminamos todos juntos, los de los dos bandos de Sri Lanka y los chicos de Córdoba, rezando por la paz en aquella guerra civil.

No es un "concierto Rock". Estamos hablando de otra cosa, pero estamos hablando de otra cosa de una trascendencia enorme para el mundo. No podía resistir sin contaros esto, y transmitirlo, con el abrazo del Papa, y la súplica en esta Eucaristía, el deseo de que nosotros podamos contribuir a un mundo donde, aunque los intereses del mundo dividan a los hombres, nuestra fe nos haga mirar con respeto a todos sin excepción como hermanos.

### **Final:**

La Acción de Gracias decía que guardemos la Palabra, y yo pensaba por dentro: ¡ojalá sepamos guardarla! No he comentado en la homilía prácticamente nada de las lecturas, pero eran una preciosidad. Decía San Bernardo que todo lo que se aplica a la Virgen personalmente, se aplica a la Iglesia, y de una manera diferente, análoga, también, a cada uno de nosotros. Y dos de las lecturas: el salmo que era un canto a Jerusalén, a esa Sión que Dios quiere construir, en medio de los hombres, y la lectura del Apocalipsis, hablaban, justamente, de la Iglesia, no hablaban de la Virgen, bueno, hablaban de la Virgen que llevaba en su seno a Cristo, y hablaban de la Iglesia novia de Cristo. Creo que es una definición preciosa de la Iglesia. La Iglesia es la novia de Cristo, la humanidad de la que Cristo se ha enamorado. Y eso, sencillamente, eso es lo que somos, como Iglesia de Jesucristo, es decir, alguien a quien Jesucristo ama infinitamente. A uno le sorprende decir que nuestra pobreza pueda ser amada por Dios. Pues eso es

el cristianismo, que nuestra pobreza es amada, y rescatada, y abrazada por Dios. Esa es nuestra fe.

Ojalá sepamos guardar esa palabra, cuándo la necesitemos, para los momentos de dificultad en la vida, y para los de gozo, para todos, y así poderla vivir hasta el fondo. Somos los amados de Dios. Dios se ha enamorado de nuestra pobreza, y se ha unido a nosotros, con una fidelidad que ni siquiera nuestros pecados pueden romper. Nosotros podemos sufrir como consecuencia de esos pecados, pero Dios no rompe su amor por nosotros porque le fallemos, no lo rompe, ¡nunca!. La fidelidad de Dios permanece para siempre, a diferencia de nuestras fidelidades humanas. Sobre eso se puede construir una vida llena de alegría, sobre una roca muy grande.

Terminamos con la oración final y la Bendición.

# Vida de la Diócesis

- 2.1. Nombramientos.
- 2.2. Decretos de Erección y Aprobación de Hermandades.
- 2.3. Cambio de vicaría parroquiales de Alcolea.
- 2.4. Ordenaciones de Presbíteros Carmelitas.
- 2.5. Fundación Pía Autónoma Veracruz de Aguilar. Decreto de erección, fundación y aprobación de estatutos.
- 2.6. Decreto de Coronación Canónica. Hermandad del Socorro.

*Secretaría General*



## Nombramientos Julio-Septiembre de 2001

- 2 Julio *D. José Repiso Torres*  
• Gerente de la Fundación Pía Autónoma "Obispo Fray Albino" de Córdoba.
- 3 Julio *Rvdo. P. Juan Miguel Martínez Molero, C.M.F*  
• Moderador del Equipo Sacerdotal de las parroquias del Inmaculado Corazón de María y San Antonio M<sup>a</sup> Claret de Córdoba.
- 3 Julio *Rvdo. P. Isidro Cortés Mateo, C.M.F*  
• Miembro del Equipo Sacerdotal de las parroquias del Inmaculado Corazón de María y San Antonio M<sup>a</sup> Claret de Córdoba
- 3 Julio *Rvdo. P. Alfonso M<sup>a</sup> Sierra Martínez, C.M.F*  
• Miembro del Equipo sacerdotal de las parroquias del Inmaculado Corazón de María y San Antonio M<sup>a</sup> Claret de Córdoba.
- 23 Julio *Rvdo. P. José Antonio Rojas Moriana, OSST.*  
• Capellán del Centro Penitenciario de Córdoba.
- 24 Agosto *Rvdo. P. José María Morán Arrojo, O.F.M*  
• Párroco de Santiago el Mayor de Belalcázar.
- 24 Agosto *M.I. Sr. D. Juan Arias Gómez*  
• Consiliario Diocesano de la Adoración Nocturna Masculina Española de Córdoba.
- 24 Agosto *Rvdo. P. Juan Lázaro Sánchez, C.S.Sp.*  
• Párroco de la Parroquia de Nuestra Sra. de los Ángeles de Alcolea.
- 24 Agosto *Rvdo. P. Juan Lázaro Sánchez, C.S.Sp.*  
• Párroco de la Parroquia del el Santo Ángel de la Barriada de los Ángeles de Alcolea.

- 24 Agosto *Rvdo. P. Heliodoro Machado Santos, C.S.Sp.*  
 • Vicario parroquial de la parroquia de Nuestra Sra. de los  
 Ángeles de Alcolea.
- 24 Agosto *Rvdo P Heliodoro Machado Santos, CS.Sp*  
 • Vicario parroquial de la parroquia del Santo Ángel en la  
 Barriada de los Ángeles de Alcolea.
- 24 Agosto *Rvdo. Sr. D. Pedro González Aguilera*  
 • Capellán de las Religiosas Hospitalarias de Jesús Nazareno  
 “Betania” de Córdoba.
- 24 Agosto *Rvdo. P. Antonio Arévalo Sánchez, OFM.*  
 • Párroco de la parroquia de Santa María de Guadalupe de  
 Córdoba.
- 24 Agosto *Rvdo. P. Manuel Muñoz García, OFM.*  
 • Vicario parroquial de la parroquia de Santa María de  
 Guadalupe de Córdoba.
- 18 Septiembre *Rvdo. Sr. D. Pedro González Aguilera*  
 • Adscrito a la parroquia de Nuestra Sra. de Fátima de  
 Córdoba.
- 20 Septiembre *D<sup>a</sup> Rosalía Díaz Castón*  
 • Responsable diocesana del Movimiento Junior. AC. de  
 Córdoba.
- 26 Septiembre *Rvdo. P. Jesús Carrero Carmona, OFM.*  
 • Confesor Ordinario de la comunidad de Agustinas  
 Recoletas del Monasterio de San Martín de Lucena.
- 26 Septiembre *Rvdo. P. Antonio Arévalo Sánchez*  
 • Confesor ordinario de la comunidad de las Hermanas  
 Clarisas de Santa Isabel de Los Ángeles de Córdoba.
- 27 Septiembre *Rvdo. Sr. D. Antonio Budia Sabán*  
 • Vicario parroquial de la parroquia de San Acisclo de  
 Córdoba.

27 Septiembre *Rvdo. P. Eleuterio López Cuadrado, CMF y comunidad de Claretianos de San Pablo.*

- Encargados de la capellanía de las Religiosas del Patrocinio de María “Colegio La Piedad” de Córdoba.





## DECRETOS DE ERECCIÓN CANÓNICA

1. Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno y María Santísima de la Amargura. Doña Mencía. 25-07-01.
2. Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Humildad en su Presentación al Pueblo y San Bartolomé Apóstol. Villa del Río. 31-07-01.
3. Cofradía Franciscana de Pasión. Lucena. 02-08-01.
4. Hermandad y Cofradía de Nazarenos de San Juan Evangelista y del Santísimo Cristo de la Misericordia. Pedro Abad. 02-08-01.
5. Agrupación de Hermandades y Cofradías de Montoro. Montoro. 24-08-01.
6. Franciscana Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Sentencia y Nuestra Señora de la Paz y Esperanza. Villa del Río. 08-09-01.
7. Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad. Villa del Río. 08-09-01.

## DECRETOS DE CONFIRMACIÓN DE ERECCIÓN CANÓNICA

1. Hermandad del Señor de la Santa Cena, María Santísima de la Estrella y Nuestra Señora de las Viñas. Montilla. 24-07-01.
2. Cofradía Sacramental del Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad. Montoro. 25-07-01.
3. Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Villa del Río. 31-07-01.
4. Cofradía de Nuestra Señora la Purísima Concepción. Puente Genil. 06-08-01.
5. Hermandad y Cofradía de Nuestra Señora del Mayor Dolor. Cabra. 08-09-01.
6. Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús del Buen Suceso en su encuentro con su Santísima Madre la Virgen de los Dolores en la calle de la Amargura, María Santísima de la Caridad y San Andrés Apóstol. Córdoba. 08-09-01.
7. Pontificia y Real Cofradía y Hermandad de Nuestro Señor de la Humildad y Paciencia. Puente Genil. 08-09-01.
8. Muy Ilustre y Fervorosa Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús de la Pasión, María Santísima del Amor y San Juan Evangelista. Córdoba. 29-09-01.



## DECRETO

### FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA

El crecimiento urbanístico de la ciudad de Córdoba hacia el Este ha provocado que el antiguo núcleo de población de Alcolea de Córdoba se encuentre prácticamente unido a la misma, habiéndose convertido en una Barriada de Córdoba, unida administrativamente a la ciudad. Este dato aconseja la inclusión de los territorios correspondientes a las Parroquias del Santo Ángel y de Nuestra Señora de los Ángeles, de Alcolea de Córdoba, en la Vicaría de la Ciudad, dejando de pertenecer, como hasta ahora, a la Vicaría del Valle del Guadalquivir. Las referidas parroquias formarán parte en la Vicaría a la que pertenezcan del Arciprestazgo de Levante.

Por ello, previa deliberación en mi Consejo Episcopal y, en virtud de las facultades que me otorga el canon 515 § 2, por las presentes letras

INCLUYO LAS PARROQUIAS DEL SANTO ÁNGEL Y DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES, DE ALCOLEA DE CÓRDOBA, EN LA VICARÍA EPISCOPAL DE LA CIUDAD, PASANDO A FORMAR PARTE DEL ARCIPRESTAZGO DE LEVANTE DE DICHA VICARÍA

Publíquese este mi Decreto en el Boletín Oficial del Obispado y envíese copia auténtica al Vicario Episcopal del Valle del Guadalquivir, al de la Ciudad, al Arcipreste de Levante y a los párrocos de las parroquias afectadas.

Dado en Córdoba, a quince de Agosto, Solemnidad de la Asunción de la Virgen María, del año dos mil uno.

Por mandato de S.E.R.

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

Secretario General-Canciller

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller



## ORDENACIONES DE PRESBITEROS CARMELITAS

El día 9 de septiembre de 2001, en la iglesia conventual de San José, de Córdoba, a las 13.00, el Exmo. Y Rvdo. Sr. D. José Antonio Infantes Florido, Obispo Emérito de esta Diócesis, confirió el sagrado orden del Presbiterado a:

Fray Silvestre Linares López.  
Fray Serafín David Galindo López.

con letras dimisorias de su Prelado.

Córdoba, 14 de septiembre de 2001.

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller



## DECRETO

### **DON FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA**

Don Francisco Córdoba Reina, Hermano Mayor de la Hermandad de la Vera Cruz, de Aguilar de la Frontera (Córdoba), me ha presentado un escrito en el que solicita la erección de una Fundación Pía Autónoma con personalidad jurídica pública, bajo la denominación “Fundación de la Vera Cruz”, que tendrá como finalidad primordial, desde la doctrina y los principios de la Iglesia, la asistencia religiosa, social y benéfica de las personas necesitadas, con especial atención de las que carecen de medios materiales, enfermos, marginados, desempleados, minusválidos o afectados por otras causas similares, ayudándoles a conseguir la formación integral de la persona de acuerdo con el mensaje evangélico. Asimismo, acompaña el texto de los Estatutos fundacionales para su aprobación.

Considerando la importancia de las finalidades descritas y su repercusión favorable en la pastoral, así como la dotación inicial y futura para el cumplimiento de las mismas, por el presente, oído el parecer favorable del Ministerio Fiscal, y a tenor de los cánones 1303 § 1.1, 114 §1, 116 y 117 del Código de Derecho Canónico

**ERIDO LA FUNDACIÓN DE LA VERA CRUZ COMO FUNDACIÓN PÍA  
AUTÓNOMA Y LE CONCEDO PERSONALIDAD JURÍDICA PÚBLICA,  
QUE SE REGIRÁ POR LOS ESTATUTOS FUNDACIONALES QUE POR  
ESTAS MISMAS LETRAS APRUEBO**

Tanto de este Decreto como de los Estatutos, firmados y sellados, un ejemplar quedará archivado en la Curia Diocesana y el otro ejemplar se entregará a la referida Fundación.

Dado en Córdoba, a catorce de Septiembre, Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, del año dos mil uno.

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

Por mandato de S.E.R.

Antonio Evans Martos  
Secretario General-Canciller

Secretario General-Canciller



## DECRETO

### FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ FERNÁNDEZ POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE CÓRDOBA

A LA PARROQUIA DE S. PEDRO APÓSTOL, DE CÓRDOBA,  
A LA ILUSTRE, CENTENARIA Y FERVOROSA  
HERMANDAD DE  
NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO, DE CÓRDOBA  
Y AL PUEBLO CRISTIANO DE CÓRDOBA

El culto a Nuestra Señora del Socorro está acreditado en la ciudad de Córdoba desde 1695, y desde entonces se ha incrementado con el decurso del tiempo, hasta el punto de que constituye hoy una de las devociones marianas más populares de la ciudad, y no sólo del barrio de la Corredera, junto a cuya Plaza se hallan la imagen y la ermita de Nuestra Señora del Socorro. Debido al crecimiento de esta devoción popular, la imagen, que ostenta el título de Alcaldesa Perpetua de la Ciudad de Córdoba, ha sido nombrada Patrona de los Informadores Técnicos Sanitarios, así como Patrona del Mercado Central de Abastos (hoy Mercado Central), situado cerca de la ermita. La ermita misma tiene el carácter de Basílica Menor, hermanada con la de S. Juan de Letrán de Roma.

Actualmente, son muchísimos los cordobeses que visitan diariamente la ermita y oran ante la imagen de la Virgen, con motivo de sus compras en el Mercado de la Plaza de la Corredera o como fruto de su necesidad del socorro e intercesión de Nuestra Señora. De esta devoción soy testigo personal. De manera constante, la Hermandad recibe frutos y alimentos, expresión de la caridad del pueblo cordobés, que luego la hermandad distribuye, en comunión con "Caritas" parroquial, entre familias necesitadas o instituciones que atienden a personas necesitadas, de la parroquia y de la ciudad.

Por ello, y teniendo muy en cuenta el bien pastoral de la ciudad de Córdoba, me ha parecido conveniente para el bien de los fieles acoger favorablemente la petición formulada por la Hermandad de Nuestra Señora del

Socorro de que se inicien los trámites y preparativos para la Coronación Canónica de la imagen de Nuestra Señora del Socorro. Esa petición, oralmente formulada en numerosas ocasiones, me fue formalmente dirigida mediante escrito de su Hermano Mayor, D. Manuel Serrano Hernández, del 11 de septiembre de 1999, en el que me trasladaba el deseo de la Hermandad, refrendado en Cabildo General de Hermanos del 17 de diciembre de 1998. Igualmente me comunicaba que en Junta de Gobierno celebrada el día 4 de febrero de 1999 se había acordado unánimemente nombrar Comisario “Pro Coronación Canónica” al hermano D. Francisco de Asís García-Calabrés Cobo.

Así pues, considerando que se cumplen los requisitos establecidos en la actual disciplina de la Iglesia y oído el parecer favorable del Ministerio Fiscal, por las presentes letras

DECRETO QUE LA SAGRADA IMAGEN DE  
NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO,  
VENERADA EN LA ERMITA DEL MISMO NOMBRE  
DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA, SEA DISTINGUIDA  
CON EL HONOR DE LA CORONACIÓN CANÓNICA

Igualmente, nombro Delegado para la Coronación Canónica al Ilmo. Sr. D. Manuel Hinojosa Petit, Párroco de S. Pedro Apóstol de Córdoba y Vicario Episcopal de la Ciudad.

Pido al Señor, por intercesión de la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, que con ocasión de este acontecimiento mariano, proyectado por la Hermandad para el 7 de septiembre del año 2003, se renueve y se fortalezca la fe y la vida cristiana de los fieles, de forma que resplandezca en nuestra ciudad esa humanidad buena y verdadera que brota del conocimiento y del amor de Jesucristo, único Redentor del hombre.

Para ello, invito a los miembros de la Hermandad, a los fieles de la Parroquia de S. Pedro Apóstol y a todos los fieles cristianos de Córdoba, a preparar convenientemente esa celebración en honor de la Virgen María, de modo que el período preparatorio sea un tiempo de conversión y de impulso misionero, y la celebración de la Coronación sea un testimonio de fe, de esperanza y de amor cristianos en el corazón de nuestra querida ciudad de Córdoba.

Dado en Córdoba, a ocho de septiembre del año 2001, en la fiesta de la Natividad de la Virgen María

† Javier Martínez Fernández  
Obispo de Córdoba

Por mandato de S. E. R.

Manuel Moreno Valero  
Secretaría General y Cancillería

Manuel Moreno Valero, Vicesecretario Canciller.



# **Conferencia Episcopal Española**

## **Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis**

Distribución de los contenidos conceptuales del Currículo de Religión y Moral Católica.



# COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS

## CURRÍCULO DEL AREA DE RELIGIÓN Y MORAL CATÓLICA

### EDUCACION INFANTIL. (Segundo ciclo).

#### 1. Introducción.

La formación religiosa y moral católica en el segundo ciclo de la educación infantil, parte de la experiencia del niño en esta edad de 3 a 6 años en referencia a tres grandes ámbitos: la identidad y autonomía personal, el descubrimiento del medio físico y social y la comunicación y representación de la realidad. Estos tres ámbitos de experiencia no son tratados de forma fragmentada o independiente unos de otros sino en mutua relación e interdependencia. La experiencia religiosa del niño crece a la vez que se desarrolla su autonomía e identidad personal en relación con su medio. Pretende la enseñanza religiosa católica acercar al niño a las claves principales de la fe cristiana, ayudarle a descubrir esta experiencia en su entorno y que él mismo desarrolle sus facultades de expresión y se inicie en los elementos primeros que facilitan la comunicación con Dios. La síntesis cristiana que se presenta en el currículo fundamenta y motiva los valores y actitudes básicas cristianas, favorece los hábitos de comportamiento y contribuye también al desarrollo de ciertas destrezas y habilidades que se ejercitan básicamente en los tres ámbitos de experiencia enunciados. Para ello, la enseñanza religiosa se vale de los elementos religiosos católicos presentes en el entorno, de las imágenes y símbolos religiosos, del lenguaje y demás recursos que hacen posible la comprensión de la experiencia religiosa adecuada a su edad.

## 2. Objetivos generales de Religión y Moral Católica.

Al finalizar la educación infantil se pretende que el niño/a sea capaz de:

- a) Descubrir y conocer el propio cuerpo, regalo de Dios, promoviendo la confianza en sus posibilidades personales para obtener una imagen ajustada de sí mismo y experimentar el gozo de vivir, sabiendo que Dios también se alegra de su crecimiento.
- b) Observar las manifestaciones del entorno familiar, social y natural que expresan la vivencia de la fe católica para sentirse miembro de la comunidad religiosa a la que pertenece.
- c) Observar y describir elementos y relatos religiosos cristianos que permitan al niño desarrollar los valores y actitudes básicas de respeto, confianza, verdad, alegría, admiración, etc., consigo mismo, con los demás y con las cosas que le rodean.
- d) Despertar, identificar y expresar las propias emociones, sentimientos y pensamientos como medio de autoestima personal, valorando su dignidad de hijo de Dios por el bautismo.
- e) Expresar y celebrar las tradiciones, fiestas y aniversarios más importantes, ejercitando las primeras habilidades motrices, para relacionarse con los demás y para acceder a la oración, los cantos de alabanza y el sentido de las fiestas religiosas.
- f) Favorecer la realización de actividades que promuevan la participación, la cooperación, el altruismo y la generosidad como medio de expresar el amor de Dios y la fraternidad de los hombres y mujeres del mundo.
- g) Descubrir que los cristianos llaman Padre a Dios Creador de todas las cosas, y saben que está con todos nosotros, nos quiere y perdona siempre.
- h) Conocer que Jesús nació en Belén y es amigo de todos y nos quiere, murió por nosotros y resucitó para estar con nosotros.



- i) Descubrir que la Virgen María es la Madre de Jesús y también Madre de todos los cristianos, que forman una gran familia.
- j) Respetar a las personas y cosas de su entorno, cuidarlas y preocuparse de ellas, como Jesús ha hecho y nos enseña a hacer.

### **3. Contenidos.**

1. El cuerpo humano obra de Dios Creador de todas las cosas, con la colaboración de los padres. La diferenciación sexual (niño-niña) como don recibido de Dios.
2. La creación, obra de Dios. Valoración de la salud como regalo de Dios. Medios que Dios nos ofrece para conservar la salud: la cercanía de las personas que nos atienden y quieren, alimentos, vestido, limpieza...
3. Dios es nuestro Padre e invita a servir a los demás. Dios pide colaboración en el cuidado y uso de la naturaleza y de las cosas que están a nuestra disposición, confiados por Dios a la inteligencia y la acción del hombre.
4. El regalo de Dios a sus hijos. Belleza de la naturaleza, montañas, plantas, animales, regalo del Creador al hombre, que debe apreciarlos, respetarlos. La naturaleza y los símbolos religiosos: la luz, el agua, la sal, el aceite...
5. Dios cuida de las personas. Cómo cuida Dios de los pájaros y de las flores del campo, “que no siembran, ni siegan, ni hilan”. Colaboración en la tarea de mantener hermoso el mundo que Dios ha creado. Gratitud y admiración por la creación.
6. Vocabulario, Imágenes y edificios religiosos cercanos al niño: Jesús, María, crucifijo, iglesia, imágenes de Cristo, de María o de los santos, templos...
7. Dios habla. La Biblia, el “libro santo de los cristianos” (los niños de seis años pueden tener una noción elemental de que existe la Biblia, el libro en el que Dios nos habla). Admiración y cuidado del libro donde se contiene la palabra de Dios.

8. Jesús cuida de las personas y se preocupa de ellas. Algunos pasajes del evangelio como, la oveja perdida, las bodas de Caná, Jesús y los niños ...
9. El amor de Jesucristo. Relatos del nacimiento, vida, muerte y resurrección de Jesús.
10. Hablamos con Dios. La oración del cristiano. El diálogo del hombre con Dios para escucharle, pedir ayuda, darle gracias, hablarle de los otros o de sí mismo, contarle cosas...
11. La fiesta del Señor resucitado. Valor del domingo. Principales fiestas cristianas. El canto como expresión religiosa de alabanza, alegría, gratitud, esperanza...
12. Dios quiere que nos amemos como El nos ama. La familia, la escuela, los compañeros. Las actividades diarias como medio para construir o destruir la vida familiar y las relaciones con los demás, según el plan de Dios.
13. Coordinación y control de habilidades para manifestar el amor cristiano en gestos concretos: saludar, ayudar, compartir sus cosas, perdonar y ser perdonados, ayudar a sus compañeros...
14. La familia, lugar de descubrimiento y experiencia de la realidad religiosa y cristiana. Somos los hijos de Dios y parte de su familia, la Iglesia. Expresiones de agradecimiento y sinceridad en la vida diaria. Gratitud a Dios por la vida y la posibilidad de moverse, saltar, jugar, etc. Alegría de pertenecer a una familia.
15. La escuela, los amigos, las personas de su entorno. Regulación de los comportamientos en relación con estas personas. Iniciación de la conciencia moral comparando las acciones constructivas con las destructivas, correspondientes a su edad.
16. El uso de la palabra para la solución de conflictos. Reconocer los fallos propios. Aplicación de modelos cristianos para la regulación de los comportamientos. Actitud de escucha a los otros. El valor del silencio.

17. Valor del amor de los padres, familiares y profesores, cuando tienen que corregirles algo.
18. Comprensión y memorización de algunos textos importantes que se refieren, sobre todo, a Jesús y María (Frasas, versos, Padre Nuestro, Ave María, y algunas expresiones religiosas de nuestra tradición cristiana).
19. Identificación de algunas palabras escritas muy significativas: Dios Padre, Jesús, el Hijo de Dios y amigo nuestro, la Virgen María madre de Jesús y madre nuestra, la Iglesia...

#### **4. Criterios de evaluación.**

Los criterios en la educación infantil pretenden ser para el profesor de religión algunos indicadores en la evaluación continua y observación de los niños para poder reconducir su propio aprendizaje. Conocer al niño y ayudarlo en su crecimiento es el criterio esencial. Cualquier evaluación que se pretenda en esta etapa deberá realizarse globalmente con las mutuas observaciones e informaciones de los restantes ámbitos de experiencia.

1. Saber observar los referentes religiosos de su entorno.
2. Aprender el significado de las palabras con sentido religioso más usuales en su propio vocabulario.
3. Respetar los signos y símbolos religiosos de su entorno.
4. Adquirir los elementos mínimos de la primera síntesis de fe.
5. Razonar sobre el sentido del buen obrar.
6. Apreciar los valores cristianos que facilitan la convivencia.

# EDUCACION PRIMARIA

## 1. Introducción

La formación religiosa y moral católica, tiene como finalidad aproximar al alumno a los valores, las tradiciones culturales y las creencias religiosas de nuestro entorno. El mensaje cristiano implica unas exigencias morales que permiten la liberación y el desarrollo integral de la persona. La enseñanza religiosa católica expone, fundamenta y jerarquiza los valores y virtudes capaces de educar la dimensión moral y social de la personalidad del alumno en orden a hacer posible la maduración de la responsabilidad, el ejercicio de la solidaridad y la auténtica caridad; todo ello, como expresión coherente del conocimiento de Dios revelado en Jesucristo y al mismo tiempo como respuesta a las grandes preguntas sobre el sentido de la vida que ya en esta edad se formulan los alumnos.

La enseñanza de la Religión Católica pretende también presentar el acontecimiento cristiano en diálogo con la cultura, incorporando orgánicamente el saber de la fe al conjunto de los demás saberes. Esta finalidad estará siempre presente en la enseñanza de la religión católica, valorando críticamente tanto lo positivo como lo negativo de la cultura a la luz del evangelio, motivando al mismo tiempo el aprecio de la propia cultura y la estima adecuada de otras tradiciones culturales y religiosas.

## 2. Objetivos para la enseñanza de la Religión y Moral Católica

Al finalizar la Educación Primaria se pretende que el alumno/a sea capaz de:

- a) Reconocer y valorar la dignidad de la persona humana y de la naturaleza, fundamentándola en los principios básicos del mensaje cristiano.
- b) Descubrir e identificar los valores fundamentales que rigen la convivencia humana, (libertad y pluralismo, paz, tolerancia y perdón, respeto y obediencia, Justicia y amor...), señalando su fundamento cristiano *y* su presencia en la comunidad eclesial para apreciar su aportación a su vida personal y a la convivencia en sociedad.

- c) Valorar las aportaciones de la fe en Dios Padre, la salvación de Jesucristo y el amor del Espíritu Santo, como fuente de valores sociales compartidos.
- d) Identificar el alcance y significado de los principales acontecimientos, formulaciones, expresiones y textos básicos del mensaje cristiano, a partir de la síntesis trinitaria de la fe católica.
- e) Reconocer el sentido de la Iglesia Católica y sus comunidades locales en la historia de la salvación, para valorar su acción evangelizadora y caritativa, cultural y de cooperación social, y su influencia en momentos cruciales de la historia.
- f) Reconocer y distinguir el sentido trascendente, salvador y festivo de los sacramentos y de otras celebraciones de la Iglesia, relacionándolas con otras celebraciones, signos y símbolos de nuestra cultura.
- g) Tomar conciencia de que la fe cristiana implica asumir responsabilidades para mejorar cuanto se relaciona con uno mismo, con los demás y con el medio ambiente, atendiendo y respetando las peculiaridades culturales, sociales y religiosas de los demás.
- h) Conocer y apreciar los datos y elementos más importantes del patrimonio cultural generado por el cristianismo, (usos, costumbres, cultura, arte, historia...), para aprender a interpretar su sentido religioso y su valor formativo.
- i) Identificar algunos personajes fundamentales de la Historia de la salvación y de otras religiones presentes en nuestra cultura, descubriendo el valor central de la persona de Jesucristo.
- j) Saber utilizar los principales libros de la fe cristiana, sobre todo el Nuevo Testamento, mediante la localización, lectura e interpretación de algunos textos esenciales del acontecimiento cristiano.

### 3. Contenidos.

1. La creación del ser humano y del mundo, obra admirable de Dios y tarea para el hombre. La dignidad del ser humano creado por Dios Padre. Consecuencias. La autoestima y el respeto a los demás. Los derechos humanos.
2. El pecado del hombre como ruptura con Dios, con los demás y consigo mismo.
3. La promesa de salvación que Dios hace al hombre y que cumple en la persona de Jesús. El perdón de Dios y su misericordia.
4. El hombre ante Dios Padre, creador y misericordioso. El valor de la oración como actitud ante Dios. La comunicación y expresión de las emociones.
5. Dios muestra su amor. La intervención salvadora de Dios en la historia del pueblo de Israel, asumida por la Tradición cristiana. Conocimiento de la Biblia.
6. Dios envía a su Hijo Jesucristo para la salvación de todos. La Encarnación, el Mesías, el Salvador.
7. Principales hechos de la vida de Jesús narrados en los Evangelios.
8. Dios manifiesta su amor con la muerte de su Hijo. Última cena, Pasión, Muerte.
9. La victoria sobre el pecado y la muerte. Jesucristo ha resucitado y vive para siempre.
10. Relatos del Nuevo Testamento en que los testigos expresan y acreditan que Jesucristo es Hijo de Dios y verdadero hombre.
11. Valor de la actitud de Jesús de entrega personal y de compromiso con la sociedad de su tiempo. La cultura de la solidaridad y sus manifestaciones en la Iglesia y otras instituciones.

12. La fe y el seguimiento, respuesta a Jesús. Aprecio por la autenticidad personal, las promesas y los compromisos de quienes han optado por un seguimiento como creyentes. El valor de la sinceridad y de la renuncia por amor.
13. Jesús llama y envía a sus discípulos por todo el mundo para continuar su obra de salvación. La venida y presencia del Espíritu Santo. Nacimiento de la Iglesia. La expansión de la Iglesia por todo el mundo.
14. La Virgen María Madre de la Iglesia. Narraciones del Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles. Fiestas más importantes. Sentido de las advocaciones.
15. La vida de la Iglesia: El Espíritu Santo es quien da vida. Manifestaciones de los vínculos internos que unen a los miembros de la Iglesia.
16. Manifestaciones de la estructura jerárquica de la Iglesia, la Iglesia diocesana y la la Iglesia Universal. El Papa, Los Obispos, Sacerdotes, miembros o grupos de la Iglesia, la vida consagrada.
17. La Iglesia en el mundo actual. La participación social y la solidaridad. Instituciones sociales al servicio de los derechos humanos y de protección de la infancia.
18. Notas de la Iglesia. Significado y sentido.
19. La salvación de Dios a través de los sacramentos de la Iglesia. Los sacramentos de la Iniciación.
20. La Eucaristía origen y meta de la acción y de la vida cristiana.
21. Las celebraciones. Valores y dimensiones de la fiesta.
22. Dios quiere la felicidad del ser humano. El amor, don de Dios y responsabilidad de todos.
23. El ser humano es responsable y dueño de sus actos. Análisis de su capacidad de decisión. El valor de la conciencia, la verdad, la libertad y la voluntad.

24. Los mandamientos, expresión de la ley natural y del amor de Dios. Regla de la conducta humana.
25. La relación de la persona con la naturaleza y con los demás. La convivencia social. La participación social y los valores democráticos. Formas de resolución de conflictos: Cooperación, imposición, negociación, arbitraje, mediación, perdón y comprensión.
26. Identificación de los grandes hitos de la salvación en las manifestaciones principales de la cultura y el arte universal cristiano. Valoración de las expresiones artísticas de las religiones presentes en el entorno del niño o que le llegan a través de la literatura, el cine o la televisión. Valoración práctica del derecho a la no discriminación por religión.
27. Identificación de la fe del autor y de la comunidad en expresiones artísticas de contenido religioso.
28. Análisis del factor religioso en algunos hechos decisivos para la configuración de la Historia de España y en relación con hechos actuales de ámbito internacional.
29. Datos científicos sobre el origen del hombre y del mundo, y otros, con repercusiones o referencias religiosas, relacionándolas en las distintas concepciones del Islam, el judaísmo y el cristianismo.
30. Los cristianos ven en la revelación de Dios por Jesucristo la plenitud del proyecto de salvación universal.
31. Respeto a las convicciones religiosas, como condición mínima para la convivencia. El valor de la convivencia y la hospitalidad.
32. Dios prepara una nueva tierra donde habitará la justicia. (I.Cor. 5.2. Ap.21). postrimerias del ser humano.



#### **4. Criterios de evaluación.**

1. Saber fundamentar la dignidad del ser humano y los valores básicos de convivencia en principios que emanan del mensaje cristiano.
2. Saber razonar el sentido del amor de Dios, el servicio a los hermanos y el fundamento de nuestra fe en la vida eterna.
3. Describir el mensaje salvador de Jesucristo en algunas parábolas, milagros y en su muerte y resurrección.
4. Situar las peculiaridades de la fe cristiana en relación con otras religiones y distinguir la originalidad propia del cristianismo.
5. Describir el servicio cultural, social y caritativo de la Iglesia relacionándola con la acción evangelizadora y el compromiso de los cristianos.
6. Saber identificar la vida interior de la Iglesia como cuerpo de Jesucristo, que continua su misión aquí en la tierra.
7. Identificar el sentido y finalidad de los sacramentos como celebraciones del amor de Dios que El ha entregado a la Iglesia para que sus hijos crezcan en la vida como hijos de Dios.
8. Razonar las responsabilidades de los cristianos en el desarrollo y progreso de la sociedad como consecuencia de su fe.
9. Descubrir que los mandamientos de la ley de Dios aplicados a la vida concreta permiten vivir según quiere Dios y en armonía con todos.

# EDUCACIÓN SECUNDARIA OBLIGATORIA

## 1. Introducción.

La formación religiosa y moral católica, pretende profundizar en los contenidos que los alumnos han estudiado y deben haber asimilado en la etapa anterior, con un sentido más crítico en esta etapa y desarrollando con mayor protagonismo su capacidad de creación, innovación y enriquecimiento en sus valores básicos, sustentados en los principios, criterios y valoración propia de la enseñanza religiosa católica.

Una escuela con la misión de formar hombres conscientes, críticos, libres y creadores será eficaz en la maduración de la personalidad integral del alumno cuando transmita valores y creaciones culturales con posibilidades de asimilarlas, rechazarlas o modificarlas en orden a un proyecto de la propia persona. La escuela, de esta manera, compromete al educando en una apertura hacia el fundamento y sentido último de la vida y por tanto al sentido de la ciencia y de la cultura misma para la persona humana. Se trata de aclarar y responder a las grandes preguntas que el alumno se hace a sí mismo y que ha de asumir como opción libre y personal. Es finalidad de la escuela que los alumnos logren su identidad personal; ésta no es posible llevarla a buen término sin una conveniente orientación hacia un significado último y global de su existencia.

## 2. Objetivos en la enseñanza religiosa católica.

Al finalizar la Educación Secundaria Obligatoria se pretende que el alumno/a sea capaz de:

- a) Situarse ante la dignidad de la persona humana por su origen, su transcendencia y su finalidad, y descubrir los elementos del hecho religioso y sus distintas manifestaciones en la historia y en la vida de los pueblos, que responde a sus grandes preguntas sobre la existencia.
- b) Analizar los interrogantes profundos del ser humano, (vida, muerte, dolor), para valorar las respuestas que la fe cristiana da sobre el sentido de la vida.

- c) Conocer los documentos fundamentales de la fe católica que contienen el mensaje cristiano, para comprender y expresar adecuadamente este mensaje revelado y sus formulaciones de fe.
- d) Saber utilizar la Biblia situándola en su origen, forma y finalidad e interpretación adecuada en relación con la historia y experiencia religiosa de Israel y como expresión de la revelación de Dios Padre a los hombres.
- e) Identificar a Jesucristo como Hijo de Dios encarnado entre los hombres mediante el conocimiento y análisis de su mensaje, vida y presencia por el Espíritu Santo en la Iglesia.
- f) Conocer y valorar el sentido y finalidad de la Iglesia como la realización institucional del servicio de humanización y salvación que Cristo ofrece al ser humano, y descubrir su aportación en los hechos más importantes de la historia española y europea.
- g) Interpretar el significado de los signos y símbolos religiosos más relevantes, con especial atención a los sacramentos y a las celebraciones religiosas más extendidas en el entorno social y religioso, evitando la discriminación por creencias religiosas.
- h) Descubrir los fundamentos racionales y de la revelación que justifican la enseñanza moral de la Iglesia y orientan los hábitos sociales relacionados con la vida, la salud, la sexualidad, el amor, el uso y consumo de los bienes y el medio ambiente.
- i) Descubrir y analizar el hondo significado con que se ordena la convivencia y las formas de organización social: la tolerancia activa, la solidaridad, libertad, justicia, participación, responsabilidad, diálogo interreligioso, señalando el origen cristiano de los mismos y aplicándolos a las situaciones personales y sociales habituales.
- j) Aprender a ordenar de forma jerárquica los valores, actitudes y normas que conforman el ser cristiano en orden a tomar opciones que puedan dar sentido a su propia vida.

- k) Aprender a emitir juicios que desarrollen la formación de la conciencia moral, teniendo en cuenta los principios fundamentales de la moral cristiana, el derecho a la libertad y la responsabilidad, aplicándolos a la pluralidad de opciones presentes en los medios de comunicación y en las realidades sociales, económicas y políticas de su entorno.
- l) Conocer, valorar y respetar el patrimonio religioso, artístico y cultural, a través del lenguaje simbólico e icónico de la arquitectura, pintura, literatura, música y liturgia, como expresión de las grandes etapas de la historia de la Iglesia y de la cultura de su entorno.

### **3. Contenidos.**

#### **PRIMER CICLO.**

1. El ser humano creado por Dios. Complejidad y riqueza del ser humano. Unidad, cuerpo y espíritu; inteligencia, amor, conciencia moral, libertad, índole comunitaria y social.
2. Ordenación de la actividad humana al bien de la creación. Valoración del trabajo, como medio de realización. Participación activa y responsable en el trabajo personal y colectivo.
3. Deformación de la actividad humana por el pecado y su rectificación y perfeccionamiento en Cristo. El dolor y la muerte.
4. La experiencia religiosa como realidad antropológica. Las grandes preguntas del hombre donde se enraíza lo religioso. El hecho religioso y su lenguaje.
5. La revelación de Dios en los acontecimientos y palabras testimoniados por la Sagrada Escritura.
6. Dios se revela en Jesucristo. La salvación y la redención de Jesucristo.
7. El centro del Mensaje de Jesús. El reino de Dios.

8. La confesión de fe en Jesús como Cristo y Señor: verdadero Dios y verdadero hombre. Sentido y significado de algunos nombres de Cristo, el Hijo de Dios, el Mesías, el Señor.
9. La confesión de fe en la Encarnación, Muerte y Resurrección de Jesús en las primeras comunidades cristianas. La presencia de María en el Misterio de Cristo.
10. La Iglesia sacramento universal de salvación, continúa la obra de Jesucristo, animada por el Espíritu Santo.
11. Sentido y responsabilidades de los miembros del Pueblo de Dios.
12. Origen, finalidad y sentido de los sacramentos.
13. La gracia de Dios a través de los sacramentos. Relaciones entre los diversos sacramentos y la vida humana. El compromiso.
14. Los sacramentos de curación y los sacramentos al servicio de la comunidad.
15. La liturgia como expresión de la relación de Dios con nosotros y de nosotros con El. Origen y actualidad. El valor de la oración. Valoración y respeto.
16. El Hombre nuevo que surge de Jesucristo. La vida como proyecto personal. La dignidad de la persona. La persona humana principal preocupación de la Iglesia.
17. Fundamentos de la dimensión moral. Identificación y relación entre causa y efectos del acto moral. La persona dotada de libertad. La persona ante Dios. La persona ante el amor a los hombres.
18. Moral de las relaciones del hombre con Dios. 1º, 2º, 3º, Mandamientos.
19. Moral de la vida humana y problemática que presenta en el momento actual. Manipulación genética, el aborto, la eutanasia, la legítima defensa, pena de muerte, experimentación con el ser humano, drogas, alcoholismo.

20. Sentido y finalidad básica de la sexualidad. Valor integrador de la sexualidad como don de Dios. Respeto y valoración de ambos sexos.
21. Moral del matrimonio y de la convivencia familiar. Responsabilidad educativa de la familia. El divorcio y su problemática.
22. Moral en relación con la verdad y la autenticidad personal. Su presencia en los medios de comunicación.
23. Dimensión comunitaria -social y pública- de la fe cristiana. Signos de compromiso cristiano en nuestro tiempo. Solidaridad en las prácticas religiosas del Islam y Judaísmo. La convivencia, la justicia y la paz.
24. La cultura y la libertad. Prevención de la intolerancia y el racismo. Capacidad crítica ante los contravalores de la sociedad.
25. Colaboración de los cristianos con otras religiones e instituciones en la construcción de la ciudad terrestre. Movimientos mundiales en los que participa la Iglesia Católica. La aldea global.
26. Dios promete un cielo nuevo y en una tierra nueva. La civilización del amor.

## SEGUNDO CICLO

1. La raíz antropológica de la pregunta sobre Dios. El hombre, por su naturaleza, capaz del descubrimiento de Dios: en qué sentido existen vías humanas de acceso a Dios.
2. Sentido de la transcendencia y su implicación en el ser humano.
3. Naturaleza de la revelación: hechos y palabras. Fuentes de la revelación: Escritura, Tradición, Magisterio. La revelación progresiva de Dios.
4. La fe, respuesta a la revelación. Actitudes de los creyentes. María, modelo de discipulado.

5. Dios, misterio de comunión: la Trinidad. Fundamentación bíblica y formación de la doctrina trinitaria.
6. La obra salvadora de Jesucristo. Sentido y originalidad. Fundamentación cristiana de la resurrección final.
7. Características principales del Judaísmo, Islam. El Islam y el Judaísmo contemporáneo. Tradición y modernidad
8. Respuesta de las distintas religiones, Islam, Judaísmo y Cristianismo a las grandes preguntas del ser humano.
9. Aplicación de los principios generales cristianos en relación con las grandes religiones, según el Concilio Vaticano II. Jesucristo plenitud del cumplimiento de las promesas.
10. Situación geográfica y evolución religiosa y cultural de Israel. Judaísmo.
11. Elementos básicos de interpretación del Antiguo Testamento y Nuevo Testamento. Los distintos libros del Antiguo Testamento y su división, descripción, autores. Géneros literarios. Los libros del N.Testamento.
12. Análisis de las fuentes (judías, romanas y cristianas) de la vida de Jesús y su tiempo. La historicidad de los Evangelios. El Jesús de la Historia y el Cristo de la fe.
13. Jesucristo convoca y congrega la comunidad de sus discípulos. La Iglesia. La Iglesia Misterio de comunión. El Espíritu Santo fuerza y vida de los creyentes.
14. Estructura jerárquica de la Iglesia. Catolicidad de la Iglesia: carácter misionero.
15. La Iglesia primitiva en los Hechos de los Apóstoles. Su implantación en los siglos II y III. Primeras persecuciones. Ministerios en las primeras comunidades. Manifestación de diversas desviaciones doctrinales.

16. La expansión del Cristianismo (s. IV). La Iglesia Constantina. La Iglesia y el poder temporal. Los grandes pastores.
17. Evangelización de los pueblos durante la Edad Media (S. V-XIV). Imperio, Iglesia, Cristiandad, Monacato, lugar del saber y de la reflexión cristiana. Feudalismo. Separación de las Iglesias de Oriente.
18. Renacimiento de la antigüedad clásica. La Reforma protestante y la Renovación Católica (s. XV y XVI). El drama de la ruptura de la cristiandad: las confesiones reformadas.
19. Evangelización e implantación de la Iglesia en los territorios de los nuevos descubrimientos (s.XVII y XVIII). La religiosidad burguesa. Conflicto fe-razón.
20. La secularización de la sociedad (s. XIX y XX). Renovación interior de la Iglesia: nuevas congregaciones religiosas al servicio de la caridad, de la educación y de la misión. Movimiento ecuménico. Concilio Vaticano II.
21. La Iglesia en el mundo contemporáneo. Aportación que hace la Iglesia en el campo de la cultura, de la educación y de la promoción en el mundo de hoy, particularmente en España. Los católicos en la vida pública.
22. El mensaje de Jesucristo en las expresiones artísticas y populares. Su aportación a la cultura.
23. Aproximación al género apocalíptico de la Biblia. La venida del Señor, el juicio y la vida eterna. Mat.24, Apoc. 21.
24. Jesucristo, Señor de la Creación y de la Historia.

#### **4. Criterios de evaluación.**

1. Saber expresar los principales elementos del mensaje de Dios creador y salvador de la humanidad a través de los principales acontecimientos de la Biblia.



2. Describir los puntos esenciales de la antropología cristiana en diálogo con otras cosmovisiones, humanismos y sistemas de interpretación de la vida.
3. Saber relacionar las respuestas que el Islam, el judaísmo y el cristianismo dan a los problemas básicos del ser humano, identificando la originalidad propia del Cristianismo.
4. Situar el mensaje del Reino de Dios en los milagros, parábolas y discurso de Jesús.
5. Resumir los puntos esenciales que constituyen la obra salvadora de Jesucristo a través de su muerte y Resurrección.
6. Identificar las ideas esenciales sobre la iglesia Pueblo de Dios y Sacramento de Salvación en algunos textos de la Biblia y del Magisterio.
7. Describir el origen y sentido de los sacramentos como don de Dios que obra a través de la Iglesia.
8. Valorar las celebraciones, signos y símbolos religiosos de la Iglesia Católica, su arte, su aportación a la cultura y su servicio a la sociedad y a la fe de los pueblos.
9. Saber identificar los principios morales que emanan del cristianismo y que fundamentan el bien obrar.
10. Identificar y valorar las actitudes y valores básicos compartidos con otras confesiones, la tolerancia activa y la colaboración a favor de los que sufren.
11. Sintetizar la confesión de fe y los valores de la primitiva comunidad cristiana.
12. Describir la aportación cultural, social y religiosa de la Iglesia a través de la historia.
13. Situar los principales problemas de la Iglesia con relación a la Evangelización de los pueblos y a la responsabilidad de los cristianos.

14. Conocer los modelos de vida más importantes de la historia de la Iglesia y su aportación a la comunidad cristiana.
15. Fundamentar el sentido y realidad de la esperanza cristiana y la fe en la vida eterna.

## **BACHILLERATO Y FORMACIÓN PROFESIONAL**

### **1. Introducción.**

La opción confesional en el Bachillerato y Ciclos formativos de Grado Medio en Formación Profesional tiene como finalidad básica proporcionar a los alumnos que han optado por esta enseñanza la síntesis cristiana que hace posible una fundamentación de su formación religiosa y unos principios, valores y actitudes que favorecen su maduración personal. A partir del valor fundamental de la dignidad personal, la lógica de la fe lleva al compromiso de la promoción humana con una clara opción por la libertad, la justicia, la paz y la fraternidad sustentada en el amor. Los alumnos tendrán la oportunidad de aprender que Jesucristo es el fundamento de la moral cristiana sobre el amor y la convivencia.

La enseñanza de la Religión y Moral Católica en este tramo educativo, en cuanto a su estructura epistemológica, se atiene al carácter científico con el que se abordan las Ciencias de la Religión. Los objetivos, contenidos y metodología científica teológica, no sólo son adecuados al currículo del Bachillerato sino que ofrecen la posibilidad de una fecunda interrelación con los propios de otros saberes de dicho currículo. Es más, el diálogo con la cultura es otra gran finalidad de esta etapa, la cual presenta así, de modo integrado, la orientación del mensaje cristiano en la resolución de los problemas e interrogantes que el mundo de hoy plantea a nuestros alumnos.

En la formación profesional la enseñanza religiosa aporta en especial el sentido cristiano y humano del trabajo, así como la clarificación de derechos y deberes en las relaciones con los distintos ámbitos del trabajo y en cada una de las competencias a las que pretenda acceder el alumno.

## 2. Objetivos generales de la Religión Católica en el Bachillerato

El aprendizaje de esta materia ha de contribuir a que los alumnos y alumnas desarrollen las siguientes capacidades:

- a) Reconocer la importancia y universalidad del hecho religioso en las diferentes culturas, con especial detenimiento en la importancia y significación del hecho religioso cristiano y de los valores que presentan las diferentes tradiciones culturales y religiosas.
- b) Desarrollar una síntesis actualizada de los contenidos esenciales de la fe cristiana.
- c) Analizar el sentido de la dignidad del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, su transcendencia, el valor de la vida, y su concreción en la vida de las personas.
- d) Profundizar en la relación y mutua aportación de la fe y la cultura.
- e) Iniciarse en los elementos básicos de la doctrina social de la Iglesia-Católica, para analizar e interpretar la realidad socio-económica y cultural del mundo.
- f) Valorar la dimensión ética del hombre a la luz del mensaje cristiano para participar activa y responsablemente en la vida y la transformación social.
- g) Descubrir los valores del cristianismo y de las distintas religiones contrastándolos con los valores de los humanismos de nuestro tiempo.
- h) Adquirir una actitud de respeto, valoración y diálogo con las personas de diversa cultura, mentalidad y cosmovisión para reforzar el aprecio por la democracia, los derechos humanos y la heterogeneidad cultural y para lograr una convivencia social en paz y concordia.

- i) Desarrollar el conocimiento, la sensibilidad y el gusto ante las manifestaciones del arte religioso que enriquecen el patrimonio universal.
- j) Descubrir el significado integral de la actividad humana, como manifestación de la propia dignidad, aplicando los criterios cristianos a la propia actividad laboral.

### **3. Contenidos.**

1. Dimensión religiosa del hombre y sus distintas expresiones. El hecho religioso en la Constitución española.
2. Los lenguajes sobre Dios en la actualidad especialmente en los medios de comunicación. Sentido de la transcendencia.
3. Las grandes religiones monoteístas y el cristianismo. Dios y el hombre.
4. Humanismos actuales de inspiración no cristiana. Laicismo y "religión civil".
5. Estudio comparado de las distintas posturas ante Dios. La incredulidad y sus formas. La fe ante el ateísmo y la indiferencia. GS.19,20,21. Materialismo, agnosticismo, ateísmo. Indiferencia religiosa.
6. El humanismo cristiano como respuesta al sentido de la vida: grandes pensadores cristianos.
7. La aportación de la fe a los planteamientos que hacen en el mundo actual la ciencia y la técnica sobre la persona humana. La libertad y la responsabilidad.
8. El sentido trascendente y el sentido cristiano en las artes plásticas. El arte como pedagogía de la fe.
9. El hecho religioso y su presencia en los medios de comunicación social. La tolerancia, la libertad y la pluralidad religiosa.

10. Jesucristo, Dios y hombre, por su misterio pascual realiza el proyecto divino de salvación sobre el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. El hombre nuevo que nace del amor de Dios coopera y se integra en el Reino de Dios. Los valores del reino de Dios.
11. La Salvación realizada y ofrecida por Jesucristo. Su plenitud y la vida eterna. Posiciones actuales sobre el más allá de la muerte.
12. La respuesta del hombre a la oferta salvadora de Dios. El seguimiento de Jesucristo. La fe y el amor.
13. Dimensiones de la Vida cristiana como compromiso personal. El voluntariado en la Iglesia y otras instituciones.
14. La Iglesia y la sociedad. Los católicos en la vida pública. Política y religión. Libertad religiosa. Tolerancia y pluralismo. Las relaciones Iglesia- Estado.
15. Principios y fundamentos de la Doctrina Social de la Iglesia. Conocimiento del contenido de las Encíclicas sociales. Aplicaciones al mundo del trabajo. La relación laboral. Derechos y deberes.
16. La fe cristiana y la ética. La íntima conexión entre ética pública y ética privada.
17. El Reino de Dios, presente ya, llegará a su plenitud. Fundamentación humana y evangélica de la construcción de la paz y de la civilización del amor.

#### **4. Criterios de evaluación.**

1. Sintetizar los contenidos fundamentales del mensaje cristiano en referencia a las fuentes bíblicas y doctrinales de la Iglesia y describir los valores fundamentales del Reino de Dios y del hombre nuevo.

2. Describir la respuesta que las religiones y humanismos han dado a la cuestión sobre el hombre y el sentido de su vida y la respuesta que da la fe católica.
3. Detectar los valores y contra-valores dominantes en la sociedad actual, describir los valores fundamentales de la moral cristiana y analizar los conflictos que plantea actualmente la vivencia de los valores cristianos en el campo de la sexualidad, en la valoración de la vida y en el campo social para obrar en consecuencia con el Evangelio.
4. Identificar, observar y describir un acontecimiento y/o un problema social relevante, obtener información sobre ese tema a partir de los medios de comunicación social y valorarlo a la luz de los criterios morales cristianos.
5. Estudiar algunas manifestaciones artísticas y culturales y saber describir la expresión de su sentido religioso.
6. Participar en debates sobre temas o hechos de actualidad que tengan que ver con los grandes contenidos estudiados, confrontando las propias convicciones con las mantenidas por otros y en referencia a la Religión y Moral Católica.
7. Saber aplicar a las relaciones en el mundo del trabajo los principios cristianos que fundamentan la dignidad, la libertad y los derechos y deberes en el trabajo, relacionándolos con los distintos sistemas económicos y cosmovisiones presentes en el mundo actual.

Madrid 16 de Septiembre de 2001.